

PRÓLOGO POR D. A. CARSON

TCC | COALICIÓN

TEXTOS FUERA DE CONTEXTO

JAIRO NAMNÚN & STEVEN MORALES
EDITORES GENERALES

B&H
ESPAÑOL

NASHVILLE, TENNESSEE

Table of Contents

Prólogo por D. A. Carson Una palabra de los editores por Jairo Namnún
& Steven Morales

Capítulo 1 La oración de fe sanará al enfermo

Capítulo 2 No juzguen para que no sean juzgados

Capítulo 3 Yo sé los planes que tengo para ti

Capítulo 4 Todo lo puedo en Cristo que me fortalece

Capítulo 5 Pide en el nombre de Jesús

Capítulo 6 Cristo se hizo pobre para que fueras rico

Capítulo 7 Instruye al niño en su camino y no se apartará de él

Capítulo 8 Cree en Cristo y serás salvo

Capítulo 9 Dios es amor

Capítulo 10 Ojo por ojo

Capítulo 11 Atar al enemigo

Capítulo 12 Serás salvo tú y tu casa

Capítulo 13 En Cristo no hay hombre ni mujer

Capítulo 14 Dios no te dará más de lo que puedes soportar

Capítulo 15 Si somos infieles, Dios permanece fiel

Capítulo 16 El conocimiento envanece

Capítulo 17 Traed los diezmos al alfolí

Prólogo

D.A. CARSON

“Todo lo puedo en Cristo que me fortalece”. ¡Eso suena maravilloso! Pero, ¿qué es “todo”? ¿Ser un campeón de fútbol? ¿O un físico nuclear? ¿O un súper modelo? ¿O un magnate rico? ¿O el próximo presidente de mi país? A fin de cuentas, el texto dice “todo”, ¿no es cierto? Entonces, ¿por qué limitar a Dios?

Algo nos dice que debe haber un error en esta interpretación o, de lo contrario, habría un exceso de futbolistas, físicos nucleares, súper modelos, y magnates ricos. Pero muchos cristianos no piensan en ello con la debida atención. Escuchan estas palabras, y esperan y oran que – cualquiera que sea su significado –, se puedan reclamar para pedirle a Dios la habilidad para hacer lo que sea que *ellos* quieran hacer. Y esto trae otra pregunta. ¿Por qué la gente apela a este versículo para justificar sus oraciones pidiendo riqueza y poder? ¿Alguna vez has pensado que lo que de verdad te gustaría hacer es pasar el resto de tu vida como un pastor cristiano trabajando con los más pobres de los pobres en un barrio olvidado, sobre la base de haber orado: “Todo lo puedo en Cristo que me fortalece”? ¿Por qué no?

Si lo piensas solo unos minutos, puedes ver que hay al menos dos problemas con esta apreciación, y ambos son tratados en este pequeño pero importante volumen.

Por un lado, cuando las personas abusan de esta manera de las palabras de la Escritura, la mayoría no sabe en dónde se encuentra el texto. En otros casos, sí saben dónde se encuentra, en el sentido que pueden dar una cita (en este caso, Fil. 4:13), aunque no tienen idea de lo que dice el contexto del versículo. Pero lo que es evidente es que si no prestan atención a los contextos en los cuales se encuentran estos textos, *muchos cristianos malinterpretarán gravemente estos textos de la Palabra de Dios*. Cuando yo era un niño me enseñaron esta frase: “Un texto sin un contexto es un pretexto”. Pues la realidad es que el significado de las palabras está condicionado por las oraciones en que se encuentran, el significado de las oraciones está condicionado por los párrafos o capítulos en que se encuentran, y el significado de los párrafos o capítulos está condicionado por el libro en que se encuentran.

En esta ocasión no te recordaré el contexto de Filipenses 4:13, ni te mostraré cómo el contexto condiciona la manera en que debemos entender este versículo. El primer capítulo de este libro lo hará por ti. De igual manera, el resto de los capítulos se enfoca en otros varios versículos que a menudo se citan sin considerar su contexto.

Malinterpretar un texto no es solo un problema: es una tragedia. Dios tiene la intención de que Su Palabra sea entendida. Filipenses 4:13 es un texto maravilloso que tiene un valor práctico inmenso en la vida cristiana, siempre y cuando se comprenda de la manera que Dios quiere que se haga. Y Su intención no es que se entienda como una oración aislada sin un contexto. Lo sabemos porque nos lo dio *en un contexto*, lo cual demuestra que espera que aquellos que lean el texto también piensen en su contexto.

En otras palabras, no cumplir con leer el contexto de un texto no solo significa que lo distorsionamos sino también que no recibimos el conocimiento y la bendición que recibiríamos si entiendiéramos el pasaje de manera cabal. Por esta razón, este libro provee 17 ejemplos breves que ayudan a los lectores cristianos a tratar la Palabra de Dios con mayor fidelidad, a fin de que crezcan en el conocimiento de la mente de Dios y en su madurez en Cristo.

Surge un segundo problema relacionado en especial con la naturaleza de nuestras motivaciones.

¿Por qué será que cuando malinterpretamos textos bíblicos al ignorar sus contextos, la mala interpretación que imponemos sobre el texto casi siempre apoya alguna motivación egoísta, o la búsqueda de riquezas, poder, prestigio, o hasta irresponsabilidad ante el pecado? Las falsas interpretaciones que surgen por ignorar el contexto no conspiran para hacernos más autosacrificiales o piadosos; más como Jesús. Casi siempre se usan para justificar el pecado. ¡Qué despreciable! Terminamos queriendo ser magnates ricos, no cristianos que sueñan con predicar y vivir el evangelio en el barrio de los más pobres. Si prestamos atención a los capítulos de este importante libro, no solo prestaremos más atención a los contextos y mejoraremos nuestro entendimiento de la Palabra santa de Dios, sino que también honraremos a Dios al tomar en serio Su Palabra y crecer en el discipulado cristiano.

1

La oración de fe sanará al enfermo

MIGUEL NÚÑEZ

Y la oración de fe restaurará (sanará) al enfermo... (Sant. 5:15).

En nuestros días, este texto es uno de esos versículos muy conocidos por muchos, pero que solo unos pocos interpretan bien. Esto se comprende a la luz de cómo se manejan hoy las Escrituras. Al comenzar un libro sobre la interpretación de la Biblia, es esencial que, antes de ver este texto en particular, establezcamos algunos principios que nos llevarán a entender mejor no solo el versículo, sino toda la Biblia.

En primer lugar recordemos que Pablo le enseña a Timoteo la necesidad de interpretar las Escrituras con extremo cuidado: “Procura con diligencia presentarte a Dios aprobado, como obrero que no tiene de qué avergonzarse, que maneja con precisión la palabra de verdad,” (2 Tim. 2:15). La labor del maestro de la Palabra no es solo interpretarla, sino hacerlo de la manera correcta, hasta el punto de ser preciso en lo que enseña. Lo que estamos enseñando es la Palabra de Dios, la manera en que Él piensa. ¡Qué tremenda responsabilidad!

En segundo lugar, todo texto de la Palabra puede ser malinterpretado, ya sea por entender mal lo leído, por entender menos de lo que el texto dice, o por pensar que el texto dice más de lo que dice.

En tercer lugar, suele suceder que los textos son malinterpretados conforme a las corrientes de malas enseñanzas que “están de moda” en el momento. En este sentido, el texto que estamos analizando encuentra su errada interpretación, con mayor frecuencia en el mundo de hoy, dentro del movimiento de “súper fe” o de “proclámalo y recíbelo”. Este movimiento enseña con toda liberalidad que nuestras palabras tienen poder por el solo hecho de ser pronunciadas, y que podemos crear la realidad siempre y cuando tengamos suficiente fe.

Sanidad y soberanía de Dios

Un análisis de la Escritura nos muestra que tal premisa es por completo errónea.

Recordemos que Jesús sanó a gente que ni siquiera sabía quién era Él, como aquel hombre que había nacido ciego, que describe el Evangelio de Juan (Juan 9:34-38). Igual sucedió con el parálítico en la piscina de Betesda, donde vemos que “el que había sido sanado no sabía quién era, porque Jesús, sin que se dieran cuenta, se había apartado de la multitud que estaba en *aquel* lugar” (Juan 5:13).

A lo dicho debe agregarse que el apóstol Pablo, el gran misionero que supo sanar a muchos, no pudo sanarse a sí mismo (2 Cor. 12:8-9). Parece claro que lo importante para la sanación es la soberanía de Dios. La sanidad depende de la voluntad de Aquel que supo sanar a gente que ni lo conocía y que, por otro lado, negó la sanación a personas que no solo lo conocían, sino que ellos mismos tenían el don de sanación, como fue el caso de Pablo. Esto es consecuente con lo que revela 1 Juan 5:14: “Esta es la confianza que tenemos delante de Él, que si pedimos cualquier cosa conforme a Su voluntad, Él nos oye”. Santiago está de acuerdo con esta verdad que Juan enuncia, pues, un poco antes del texto que estamos analizando dice: “Más bien, *debieran* decir: Si el Señor quiere, viviremos y haremos esto o aquello” (Sant. 4:15).

Preguntas al texto de Santiago

Ahora estamos listos para interpretar Santiago 5:15. Para comenzar, tenemos que colocar este versículo en su contexto inmediato, para luego poder responder las preguntas que el texto mismo generará. Entonces podremos sacar conclusiones en base a todo el consejo de Dios. Dice Santiago 5:13-18:

¿Sufre alguien entre ustedes? Que haga oración. ¿Está alguien alegre? Que cante alabanzas. ¿Está alguien entre ustedes enfermo? Que llame a los ancianos de la iglesia y que ellos oren por él, ungiéndolo con aceite en el nombre del Señor. La oración de fe restaurará (sanará) al enfermo, y el Señor lo levantará. Si ha cometido pecados le serán perdonados. Por tanto, confíense sus pecados unos a otros, y oren unos por otros para que sean sanados. La oración (súplica) eficaz del justo puede lograr mucho. Elías era un hombre de pasiones semejantes a las nuestras, y oró fervientemente para que no lloviera, y no llovió sobre la tierra por tres años y seis meses. Oró de nuevo, y el cielo dio lluvia y la tierra produjo su fruto.

Primera pregunta:

¿De qué está hablando el texto? De la oración. Esto lo sabemos porque la oración se menciona en cada versículo:

- v. 13b: “Que haga oración.”
- v. 14b: “y que ellos oren por él...”
- v. 15: “La oración de fe...”
- v. 16: “y oren unos por otros...”
- v. 17: “y oró fervientemente para que no lloviera...”
- v. 18: “Oró de nuevo...”

Primera conclusión:

El tema es la oración y la confianza en el Señor para lidiar con diferentes situaciones en nuestras vidas, y no la sanación por fe.

Segunda pregunta:

¿Cómo sabemos que no se trata solo de la oración para sanidad? Porque el texto muestra la oración en conexión con diferentes problemas del creyentes y no solo en relación con las enfermedades:

La oración se relaciona con el sufrimiento: “¿Sufre alguien entre ustedes? Que haga oración” (v. 13a). El sufrimiento es un tema importante en la epístola de Santiago desde el inicio (1:2). La oración en medio del dolor expresa confianza en Dios.

La oración se relaciona con los buenos tiempos: “¿Está alguien alegre? Que cante alabanzas” (v. 13b). Cantar alabanzas es una especie de oración cantada, porque al cantar ponemos música al deseo de nuestros corazones. La oración en medio de los buenos tiempos expresa agradecimiento a nuestro Creador.

La oración se relaciona con las enfermedades: “¿Está alguien entre ustedes enfermo? Que llame a los ancianos de la iglesia y que ellos oren por él, ungiéndolo con aceite en el nombre del Señor” (v. 14).

La oración se relaciona con la enfermedad y la posible presencia de pecado en nuestras vidas: “y el Señor lo levantará. Si ha cometido pecados le serán perdonados. Por tanto, confiéscense sus pecados unos

a otros, y oren unos por otros para que sean sanados” (vv. 15-16). Sabemos que no toda enfermedad es el resultado del pecado (Juan 9:13). También sabemos que algunas enfermedades sí son el resultado del pecado en la vida de los creyentes

(1 Cor. 11:27-30). En esos casos, ¿qué debemos hacer? Orar y confesar nuestros pecados unos a otros para sanación, nos dice este texto. Aquí vemos que la fe sola no es suficiente para estos casos; además tenemos que 1) orar, 2) tener fe en Dios y 3) confesar nuestros pecados, caminando en santidad delante de Dios. No negamos el valor de la fe, como declara Santiago en 1:6-7. Pero la fe no es una garantía de sanación.

La oración se relaciona con la intervención de Dios para resolver problemas de la disfunción de la naturaleza afectada por el pecado: “Elías era un hombre de pasiones semejantes a las nuestras, y oró fervientemente para que no lloviera, y no llovió sobre la tierra por tres años y seis meses. Oró de nuevo, y el cielo dio lluvia y la tierra produjo su fruto” (vv. 17-18).

Segunda conclusión:

En este texto, Santiago relaciona la oración no solo con las enfermedades sino también con el sufrimiento, con los buenos tiempos, el arrepentimiento y el perdón de pecados, y aún con la disfunción de la naturaleza. Este entendimiento es vital. En todos estos casos, el creyente debe tener confianza en Dios para resolver cada uno de esos problemas, pero conforme a Su voluntad.

Nos quedan todavía algunos aspectos importantes en este texto que no podemos dejar fuera.

El llamado a los ancianos a orar

“¿Está alguien entre ustedes enfermo? Que llame a los ancianos de la iglesia y que ellos oren por él...” (v. 14a).

Desde muy temprano en la historia de la Iglesia, Dios ha reconocido la importancia de los pastores en la oración por las diferentes necesidades de la congregación (comp. Hech. 6:4). Parte de la función de estos ancianos que son convocados es determinar si hay o no alguna conexión entre la enfermedad y la vida de pecado del creyente. Parte de su función también sería determinar en oración, reflexión y multiplicidad de consejo, en qué dirección los está dirigiendo Dios. ¿Está Dios guiándonos a la oración por sanación, a la oración por gracia para sobrellevar la enfermedad, a la oración por ambas cosas cuando hay una falta de claridad? Esa es una situación donde la dirección de los ancianos es fundamental. De ahí la necesidad de convocarlos. ¿No podrían orar por sanación otros creyentes? ¡Claro que sí!

El texto nos manda a orar unos por otros (v. 16). El enfermo mismo debe orar. Pero los ancianos deben ayudarlo a entender o a encontrar la voluntad de Dios para saber cómo orar.

La unción con aceite

“...ungiendo con aceite en el nombre del Señor” (v. 14b).

Creo que es obvio que el énfasis del pasaje no está en el aceite, sino en la oración, que es el tema del pasaje completo. En la antigüedad algunos usaban el masaje con aceite creyendo que poseía propiedades medicinales. Pero no hay evidencia de que el aceite fuera usado para todo tipo de enfermedades; y si el aceite por sí solo tenía propiedades medicinales, no se requeriría de los ancianos para llevar a cabo esta función. Por otro lado, el aceite sí fue usado en muchos casos para consagrar a Dios, incluyendo a reyes y sacerdotes. Consagrar es apartar para

Dios. “Concluimos por tanto, que el ‘ungir’ en el v. 14 se refiere a una acción física con significado simbólico... En la medida en que los ancianos oran, ellos han de ungir al enfermo para simbolizar que esa persona está siendo consagrada para atención y cuidado especial de parte de Dios”.¹

Oración del justo

“La oración (súplica) eficaz del justo puede lograr mucho” (v. 16b).

La expresión “el justo” puede aludir a todo aquel que ha sido justificado por Dios a través del sacrificio de Jesús. Ahora, como hijo de Dios, él puede interceder ante el trono y saber que será escuchado. También puede aludir al hecho de que aquellos que caminan en integridad de corazón delante de Dios son escuchados por Él de manera especial. Esto es así porque, por un lado, el pecado nos aleja de Dios (Sal. 66:18), y por el otro, porque el hombre que camina con Dios tiene, con frecuencia, mayor facilidad para discernir la voz o la voluntad de Dios, lo cual es muy difícil para aquel que vive en pecado.

Pablo nos dice en Romanos 12:1-2 que “presenten sus cuerpos *como* sacrificio vivo y santo, aceptable (agradable) a Dios...para que verifiquen cuál es la voluntad de Dios...”. Aquí hay una conexión evidente entre vivir en santidad y discernir la voluntad de Dios. Antes de discernir Su voluntad, hay en este texto una instrucción a presentar nuestros cuerpos, nuestras vidas como sacrificio vivo y santo. Y como sabemos “que si pedimos cualquier cosa conforme a Su voluntad, Él nos oye” (1 Jn. 5:14), entonces podemos ver la razón por la que Santiago también dice que la oración del justo puede lograr mucho.

Conclusión

Santiago 5:15 no es una promesa incondicional de sanación si oramos con fe. Si este fuera el caso, lo único que la Palabra diría es que si hay fe, la respuesta sería siempre “sí”. Pero como hemos visto, la Palabra revela que, por encima de nuestra voluntad y aun por encima de nuestra fe, está la voluntad soberana de Dios. A la luz de todo el consejo de Dios, sabemos que la oración es importante no solo en caso de enfermedad, sino en todos los casos. Además sabemos que la fe juega un rol en las intervenciones de Dios (comp. Mat. 13:58). Para concluir, podemos afirmar que la presencia de pecados en nuestra vida puede ser la causa determinante de enfermedades en algunos casos, y que la confesión unida a la oración puede lograr la sanación.

Gracias al sacrificio de Jesús, tenemos la posibilidad de acercarnos con confianza al trono de la gracia (Heb. 4:16), con la certeza de que Él nos oye (1 Jn. 5:14). A la vez, ese mismo sacrificio nos capacita para vivir nuestra vida en santidad y justicia, y nuestro Dios se deleita en la oración de los rectos (Prov. 15:8).

No juzguen para que no sean juzgados

ANDRÉS BIRCH

No juzguen para que no sean juzgados. Porque con el juicio con que ustedes juzguen, serán juzgados; y con la medida con que midan, se les medirá (Mat. 7:1-2).

¿Alguna vez alguien te dijo: “¡No me juzgues!”? ¿Alguna vez te han regañado por atreverte a criticar a algún predicador famoso? ¿Alguna vez oíste decir que la disciplina hacia un miembro de iglesia es una falta de amor?

¿Qué tienen en común estos ejemplos?

Todos ellos están relacionados con Mateo 7:1-2, uno de los textos más utilizados aun por los que no conocen a Dios. ¿Qué significa, realmente, este tan citado texto bíblico? Tal vez estas cinco preguntas nos sirvan de ayuda:

1. ¿Qué tenemos en este texto?

¿Qué tenemos en Mateo 7:1-2? Yo diría que lo que tenemos es, por lo pronto, una advertencia: Si juzgamos a otras personas, nosotros mismos seremos juzgados; y seremos juzgados según la misma vara de medir que nosotros hayamos usado con los demás. Así que, ¡tenemos cuidado!

Si es así, no se trata de una prohibición absoluta. El Señor no nos está diciendo “¡Nunca juzguen a nadie, de ninguna manera!”, sino que nos advierte: “Antes de juzgar a alguien, piensen muy bien cómo lo hacen, sabiendo que de esa misma manera ustedes también serán juzgados”.

2. ¿Qué significa la palabra “juzgar”?

El verbo griego que aquí se traduce “juzgar” es el verbo *krino*, y se encuentra ciento catorce veces en el Nuevo Testamento, en noventa y ocho versículos diferentes. Abarca una amplia gama de significados: separar, distinguir, juzgar, considerar, cuestionar, pronunciar sentenciar, condenar, vindicar, etc.

Veamos algunos ejemplos:

- “Al que quiera ponerte pleito [*krino*] y quitarte la túnica, déjale también la capa” (Mat. 5:40, la única otra referencia en el Sermón del Monte).
- “...ustedes se sentarán también sobre doce tronos para juzgar [*krino*] a las doce tribus de Israel” (Mat. 19:28, la única otra referencia en Mateo).
- “Porque Dios no envió a Su Hijo al mundo para juzgar [*krino*] al mundo, sino para que el mundo sea salvo por Él” (Juan 3:17).
- “No juzguen [*krino*] por la apariencia, sino juzguen [*krino*] con juicio justo” (Juan 7:24).
- “Ustedes mismos juzguen [*krino*] si es justo delante de Dios obedecer a ustedes en vez de obedecer a Dios” (Hech. 4:19).
- “...quienquiera que seas tú que juzgas [*krino*], pues al juzgar a otro, a ti mismo te condenas, porque tú que juzgas [*krino*] practicas las mismas cosas” (Rom. 2:1).

- “Pero tú, ¿por qué juzgas [*krino*] a tu hermano?” (Rom. 14:10).
- “¿No juzgan [*krino*] ustedes a los que están dentro *de la iglesia*?” (1 Cor. 5:12).

Según estos (y otros) textos del Nuevo Testamento, hay un juzgar divino y otro humano, y hay una forma de juzgar que es buena y necesaria y otra que es mala y censurable. Como casi siempre, “el contexto es rey”: el contexto determina el significado de cada texto.

3. ¿Qué luz arroja el contexto?

El contexto de Mateo 7:1-2 es el Sermón del Monte. Aunque se hable de “la multitud”, el Señor se dirigía en primer lugar a Sus discípulos: “Sus discípulos se acercaron a Él. Y abriendo Su boca, les enseñaba, diciendo...” (Mat. 5:1-2).

Es en ese contexto que el Señor dice a Sus discípulos: “No juzguen, para que no sean juzgados...”. Hay una manera de juzgar que no es apropiada para los seguidores del Señor, una manera de juzgar orgullosa (“Déjame sacar la paja de tu ojo”), hipócrita (“la viga... en tu propio ojo”), y sin amor.

Y si seguimos leyendo, llegamos a Mateo 7:6: “No den lo santo a los perros, ni echen sus perlas delante de los cerdos...”. ¿Cómo decidimos quiénes son “los perros” o “los cerdos”, si no es ejerciendo nuestro juicio?

Y si leemos un poco más adelante, llegamos al versículo 15: “Cuidense de los falsos profetas...” ¿Cómo distinguimos entre los profetas verdaderos y los falsos si no es fijándonos en sus frutos y sacando conclusiones? El contexto mismo nos muestra que Jesús no está prohibiendo de manera absoluta todo tipo de juicio.

4. ¿Hay algún texto paralelo?

Hay un texto paralelo a Mateo 7:1-2 en Lucas 6:37: “No juzguen, y no serán juzgados; no condenen, y no serán condenados; perdonen, y serán perdonados”.

Hay aquí dos detalles que pueden ayudarnos: (1) Al añadir la frase: “No condenen...”, parece que está diciendo: “Y cuando digo que no juzguen, lo que quiero decir es que no juzguen en el sentido de condenar”; y: (2) Cuando añade: “Perdonen, y serán perdonados”, parece que nos está diciendo que perdonar es lo contrario de juzgar y condenar. En vez de juzgar y condenar a otras personas, lo que deberíamos hacer es perdonarlas.

5. ¿Qué dice el resto de la Biblia?

Sin echar por la borda el contexto de Mateo 7:1-2, debemos comprobar nuestra interpretación a la luz de la enseñanza bíblica en general. Y si, como ya hemos visto, la Biblia habla de juzgar en diferentes sentidos –divinos y humanos, buenos y malos– lo lógico sería ver Mateo 7:1-2 como una advertencia contra una manera mala de juzgar. Esa manera orgullosa, hipócrita, que carece de amor, y no tiene en cuenta que, tarde o temprano, nosotros mismos seremos juzgados de acuerdo con la manera (buena o mala) en que hayamos juzgado a los demás.

Conclusiones

1. En Mateo 7:1-2 el Señor está predicando un sermón a Sus discípulos sobre cómo debe ser la vida de todo verdadero creyente.
2. Allí, el Señor está advirtiéndoles a Sus discípulos del peligro de juzgar a otras personas de una manera orgullosa, hipócrita y sin amor, y de las consecuencias de ello.
3. También vemos que el Señor está hablando de una manera de juzgar a los demás nada apropiada, pero en el resto del Sermón del Monte y de la Biblia se habla de otras maneras de juzgar que son buenas e incluso necesarias.
4. En Lucas 6:37, el único pasaje paralelo a Mateo 7:1-2, juzgar es lo mismo que condenar y lo contrario de perdonar.

5. Debemos tener mucho cuidado de no caer en esa forma poco cristiana de juzgar a los demás, sin embargo, no debemos dejar de usar nuestro juicio, juzgar y discernir, tal como el Señor también nos enseña a hacer en Su Palabra.

3

Yo sé los planes que tengo para ti

STEVEN MORALES

*“Porque Yo sé los planes que tengo para ustedes,” declara el
SEÑOR “planes de bienestar y no de calamidad, para darles un futuro y una
esperanza” (Jer.
29:11).*

Cuando era adolescente me desempeñé como traductor para un ministerio de asistencia médica que recibía grupos de misioneros durante un período corto. Cada semana recibíamos un grupo nuevo y nos dirigíamos a diferentes localidades para ofrecerles cuidados médicos a personas necesitadas. Al comienzo de cada jornada, el pastor compartía un devocional con el grupo, y una y otra vez él decía que Dios le había revelado un pasaje que estaba dirigido para ese grupo en particular. El pasaje siempre era Jeremías 29:11, y la interpretación siempre era que Dios quería prosperar a cada uno en el grupo.

Jeremías 29:11 es uno de los pasajes más leídos y citados de las Escrituras. De hecho, según biblegateway.com, fue el versículo más leído en el 2011, y el número 2 durante el 2012 y 2013. Su popularidad se basa en su aparente mensaje: Dios tiene planes para prosperarnos.

Dios lo sabe todo, tiene un plan, el plan es bueno para nosotros, tenemos esperanza. ¿Cuál es el problema entonces?

El primer problema: el contexto

El libro de Jeremías fue escrito para la nación de Israel, en un momento en el que estaban camino al exilio y desesperanzados. A causa de su desobediencia e idolatría, Dios permitió que Babilonia no solo se apoderara de su tierra, sino que además los desterraran.

Esto es muy significativo, porque Dios de manera directa los había guiado hasta esa tierra, y era una bendición prometida a ellos a través de su padre Abraham. Para los israelitas, que se les arrebatara su tierra era como si Dios les estuviera quitando lo que había prometido darles. Naturalmente, puesto que la mayoría en Israel le había dado la espalda a Dios, empezaron a clamarle durante la opresión. Así que Dios hizo lo que solía hacer en estas situaciones: les envió una voz para que les hablara en Su nombre: Jeremías.

Los profetas frecuentemente hablaron en el nombre de Dios y les recordaron a los israelitas de Sus promesas y liberación. Sin embargo, el mensaje de Jeremías al principio no fue positivo; él prometió juicio y exilio:

Toda esta tierra será desolación y horror, y estas naciones servirán setenta años al rey de Babilonia (Jer. 25:11).

Jeremías promete en el nombre de Dios que ellos vivirán en el exilio en Babilonia durante 70 años. Pero él no solo transmite un mensaje de ruina y juicio: además les da instrucciones sobre cómo deben vivir mientras estén en el exilio, y les da esperanza para el futuro, cuando retornen a la tierra. De esto se trata Jeremías 29. Se los instruye a los israelitas a cuidar la ciudad, ayudar a sus opresores, orar por ellos, huir del engaño y no escuchar a los falsos profetas que solo buscan su propio bienestar. Falsos profetas que hablarían mentiras en el nombre de Dios y harían promesas que Él no prometió (29:21-23).

El punto es que, si nosotros reclamamos que Jeremías 29:11 es una promesa directa de Dios para nosotros, entonces también debemos reclamar que Jeremías 25:11 es una promesa para nosotros. Nos gusta reclamar las promesas de prosperidad y bienestar, pero nadie reclama la promesa del exilio babilónico durante 70 años. ¡Y así no funciona!

El segundo problema: las consecuencias

Al pensar que la promesa es para nosotros, tendremos una idea equivocada sobre lo que Dios promete, y sufriremos las consecuencias de tal idea. Si leemos este versículo como una promesa personal de prosperidad, cada uno de nosotros llegará a su propia conclusión de lo que significa prosperidad. “Después de todo, si Dios me está prometiendo que Él tiene planes para prosperarme, entonces Su plan debe complacerme a mí”. Y así con cada individuo.

El pasaje no dice eso. Tampoco para los israelitas. Dios no le estaba prometiendo a cada uno que llegaría a ser rico, o que estaría sano, o que viviría una larga vida. Más bien, al ver el contexto de este pasaje (como lo hicimos antes) nosotros sabemos realmente cuál es el plan de Dios. La Biblia de estudio ESV lo resume bien cuando dice: “el plan de Dios para los exiliados es bienestar (*Shalom* en hebreo), no mal o ‘calamidad’. Habiendo buscado el *Shalom* de

Babilonia, los exiliados recibirán el *Shalom* de Dios en la forma de un futuro y una esperanza en su tierra”.² El plan de Dios de prosperarlos era traerlos de regreso a casa y ser restaurados como una nación. Era una promesa nacional, no individual.

Si no tenemos este entendimiento del pasaje, entonces quedamos expuestos a pensar que Dios comenzará a prosperarnos en cualquier aspecto de la vida que deseemos. Y cuando esto no suceda (o por lo menos no suceda de la manera que deseamos), sentiremos amargura contra Dios.

El texto en su contexto

Entonces, ¿Jeremías 29:11 no tiene nada para nosotros? ¡Por supuesto que sí! Al escuchar “...*planes de bienestar y no de calamidad*...”, nuestra reacción no debe ser de rechazo. Este texto es parte de la Palabra de Dios, y fue escrito para nuestro beneficio (Rom. 15:4). Debemos leerlo y aprender del carácter de Dios y de Su plan redentor. Él es soberano, Él tiene el control, Él juzgará el pecado, Él es misericordioso, Él cumple Sus promesas, y Él da esperanza futura a aquellos que escoge, aun cuando no hayan guardado su parte del pacto.

Si vemos este acontecimiento en el gran plan de la historia redentora de Dios, entonces este pasaje puede darnos esperanza de que Dios es bueno, confiable, y poderoso para guardar Sus promesas. Más todavía, podemos regocijarnos en que hemos visto Sus

promesas cumplidas en Jesús, quien es la prosperidad en Sí mismo, y que más que cualquier otra cosa que pudiera darnos, se ofreció a Sí mismo como ofrenda por nuestros pecados. Dios proveyó a Jesús y Él es suficiente.

Conclusión

Tomar algo que Dios dijo y decir que dice otra cosa es una característica de los falsos profetas, que hicieron falsas promesas en el nombre de Dios

(podemos ver el caso de Hananías en el capítulo 28 de Jeremías como un ejemplo perfecto de un profeta que prometió paz durante un tiempo cuando Dios había prometido juicio). Si queremos hablar acerca de la providencia de Dios, debemos buscar aquellos versículos que son más claros en cuanto a qué y cómo Dios provee. Por ejemplo:

- Hebreos 1:3 y Colosenses 1:17 nos dicen que la providencia de Dios se ve en que Él constantemente sostiene el universo, es decir sustenta el universo para que continúe existiendo.
- Mateo 6:11 y Filipenses 4:19 nos dicen que Dios provee para suplir nuestras necesidades diarias.
- Proverbios 16:1,9; 20:24 nos dicen que Dios ordena nuestros pasos mientras nos dirige sin cesar.

La provisión más grande de todas no se encuentra en una cosa, sino en una persona. Si necesitamos ver la mano providencial de Dios, solo tenemos que mirar hacia la cruz y observar cómo Él proveyó el regalo más grande de todos. Jesús se humilló a Sí mismo y se convirtió en un siervo de los hombres, vivió una vida perfecta, murió una muerte perfecta, y venció la muerte a través de la resurrección. No hay esperanza más grande que podamos tener para nuestro futuro que Jesucristo.

4

Todo lo puedo en Cristo que me fortalece

OTTO SÁNCHEZ

Sé vivir en pobreza (vivir humildemente), y sé vivir en prosperidad. En todo y por todo he aprendido el secreto tanto de estar saciado como de tener hambre, de tener abundancia como de sufrir necesidad. Todo lo puedo en Cristo que me fortalece (Fil. 4:12-13).

“Yo sé que me irá bien en el examen, porque todo lo puedo en Cristo que me fortalece”.

“Estoy decidida a bajar de peso, porque todo lo puedo en Cristo que me fortalece”.

“Me declaro sano, porque todo lo puedo en Cristo que me fortalece.”

Creo que todo creyente que lleve cierto tiempo en el evangelio estará de acuerdo conmigo en que Filipenses 4:13 es uno de los textos más conocidos, más amados, y más citados de toda la Biblia. De lo que no estoy seguro es de si la mayoría de los creyentes estarán de acuerdo conmigo cuando afirmo que también Filipenses 4:13 es uno de los textos bíblicos más abusados y malinterpretados. He escuchado a muchos cristianos decir

que pueden afrontar con éxito todo desafío de la vida porque todo lo pueden en Cristo que los fortalece. Ven este texto como un instrumento de triunfo, motivación y fe ante cualquier circunstancia de la vida, pensando que podemos llegar a ser superhéroes de la fe.

Ante esta realidad nos preguntamos ¿es cierto que Filipenses 4:13 quiere decir que los creyentes todo lo podemos –sin importar la situación– porque Cristo nos fortalece? La respuesta está en el texto mismo.

La fuerza del Señor

Antes de proseguir, debo aclarar que la dificultad en el manejo de este texto no está en que Cristo nos fortalece. Desde el Antiguo Testamento vemos la disposición de Dios de ayudar de Su pueblo. Veamos algunos ejemplos:

Él da fuerzas al fatigado, y al que no tiene fuerzas, aumenta el vigor (Isa. 40:29).

No temas, porque Yo estoy contigo; no te desalientes, porque Yo soy tu Dios. Te fortaleceré, ciertamente te ayudaré (Isa. 41:10).

El Nuevo Testamento nos muestra algo similar:

Le ruego que Él les conceda a ustedes, conforme a las riquezas de Su gloria, el ser fortalecidos con poder por Su Espíritu en el hombre interior (Ef. 3:16).

...fortalecidos con todo poder según la potencia de Su gloria, para obtener toda perseverancia y paciencia, con gozo (Col. 1:11).

El problema en la interpretación que popularmente se le da al texto no es que afirmemos que el Señor nos fortalece. Esto es algo evidente y obvio por lo que nos dice Su Palabra, y también en las distintas experiencias particulares de los cristianos. ¿Qué sería de nosotros si no contáramos con la fortaleza del Señor? El problema está en que le demos un significado que el contexto del versículo no resiste.

Leamos el pasaje en su contexto

Cuando vamos a interpretar un texto, resulta útil leerlo en varias versiones de la Biblia y procurar observar los detalles. Una buena idea es hacer lo que dice Ramesh Richard³ cuando propone que todo texto bíblico consta de “carne”, “huesos” y “corazón”. “Carne” se refiere a la información que podemos extraer del texto, como autor, destinatarios, datos generales, etc. Los “huesos” se refieren a la estructuración o puntos del texto, la manera en que está organizado y cómo se presentan sus ideas. El “corazón” se refiere a determinar la idea o verdad central del texto, porque todo texto tiene la idea central o las ideas centrales que el autor concibió. Es en este último punto que muchos creyentes han fallado al momento de aplicar Filipenses 4:13. Hicieron una mala aplicación porque primero hicieron una mala interpretación.

Entonces, ¿cuál es la interpretación correcta y qué es lo que Pablo quiere decir?

Filipenses 4:13 está dentro de un contexto marcado por los versículos anteriores y posteriores. Entonces, si leemos el contexto nos daremos cuenta de que Pablo está haciendo exhortaciones diversas a los hermanos de Filipos, entre ellas:

- A permanecer firmes (v. 1); A las hermanas Evodia y Síntique a ser de un mismo
- sentir, y a que su fiel compañero ayude a estas mujeres que combatieron por el evangelio (vv. 2-3);
- A regocijarse en el Señor, y ser bondadosos, y a orar en vez de afanarse y distraerse con cosas materiales (vv. 4-7);
- Además, amonesta a los destinatarios a pensar solo en lo que es digno de alabanza (vv. 8-9).

En los versículos siguientes (Fil. 4:10-18), el apóstol pasa de la exhortación a la gratitud. Estos versos, vistos de manera detallada, evidencian su confianza en el Señor y que, aunque agradece a los filipenses sus dádivas, la dependencia de Pablo sin lugar a dudas está en el Señor (vv. 10-13). También puede apreciarse su gozo y gratitud por el apoyo económico que recibió de los filipenses, y su confianza en el Dios amoroso y soberano que le ha permitido vivir en diferentes situaciones: algunas de abundancias y otras de escasez. Él confiesa que siempre se ha visto acompañado y sostenido, lo cual dio como resultado lecciones de dependencia en el Señor que él no habría de olvidar (Fil. 4:14-20).

La visita de Epafrodito, la compañía de Timoteo, y la amistad de tantos hermanos que iban a verlo jamás podrían fortalecer su espíritu como Cristo Jesús lo hacía. “Todo lo puedo en Cristo que me fortalece” no es un *mantra* que vamos a repetir como resultado de nuestra fe para no tener límites en las distintas circunstancias que nos toca vivir. Más bien es un testimonio personal del apóstol Pablo, que tiene como idea central la confianza y el gozo en un Dios bondadoso y soberano que lo llevó por caminos de abundancia y también de escasez (v. 12) pero que él *todo* lo podía (vivir en una situación o en la otra) porque Cristo lo fortalecía. Lo que este texto quiere enseñarnos es que el apóstol podía enfrentarse con cualquier situación relacionada con sus necesidades materiales y mantener siempre una actitud positiva y un espíritu de contentamiento que agradara a Dios.

Hoy en día, “todo lo puedo en Cristo que me fortalece” es más necesario que nunca, pues este es un tiempo de excesiva sobreestimación de lo material, de mensajes distorsionados que consideran los momentos de escasez económica como una maldición y no como un medio de gracia que Dios puede usar para llevarnos a la dependencia y al gozo. Este texto es una exhortación al contentamiento y a la fortaleza que recibimos de un Dios fiel, más allá de las circunstancias económicas en las que nos encontremos.

“Todo lo puedo en Cristo que me fortalece”, tenga trabajo o no.

“Todo lo puedo en Cristo que me fortalece”, en estos tiempos de economía mundial tambaleante.

“Todo lo puedo en Cristo que me fortalece”, aunque la tierra no dé su fruto, ni haya vacas en los corrales.

5

Pide en el nombre de Jesús

NATHAN DÍAZ

Y todo lo que pidan en Mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si Me piden algo en Mi nombre, Yo lo haré (Juan 14:13-14).

Un ateo me desafió una vez a explicarle cómo es que se puede confiar en la Biblia cuando está llena de promesas que obviamente no se cumplen. Él se refirió en aquella oportunidad a este pasaje de Juan, donde Cristo nos dice que hará lo que pidamos en Su nombre, puesto que era evidente que muchos cristianos pedían cosas en nombre de Jesús y no se cumplían.

¿Es cierto que Dios hace lo que sea que pidamos en el nombre de Jesús? Si no lo hace, parece estar mintiendo. Pero, como pasa con todo versículo de la Biblia, leer correctamente el contexto nos ayuda a aclarar el verdadero significado del texto. Si queremos saber si Dios hará lo que pedimos, debemos hacernos las siguientes preguntas.

[la soberanía de DIOS y su perfecta voluntad](#)

1. ¿Será el Padre glorificado en el Hijo con mi petición?

Romanos 11:36 dice que todas las cosas son de Él, por Él y para Él. La manifestación de Su gloria es el propósito final y superior en todo lo que Dios hace. Por eso dice Juan 14:13:

“... para que el Padre sea glorificado en el Hijo”. Ese es el propósito por el cual Dios hace lo que pedimos.

Jesús nos dio un ejemplo muy claro de este tipo de peticiones que están motivadas por un deseo de la gloria de Dios. Cuando explicó el propósito de la muerte de Lázaro, Él dijo: “Esta enfermedad no es para muerte, sino para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por medio de ella” (Juan 11:4). ¿Y qué vemos aquí? Que cuando Jesús oró para que Lázaro resucitara, ¡Dios contestó!

2. ¿En qué confío, en la sabiduría de Dios o en la mía?

Justo después de que Cristo dijo que contestaría las oraciones que hagamos en Su nombre está la promesa del Espíritu Santo. Jesús promete que no nos dejará huérfanos (Juan 14:18). Esta dependencia y guía del Espíritu es lo que debe regir nuestras peticiones. Dependemos de la guía del Dios sabio para tomar decisiones sabias y vivir correctamente la vida cristiana.

¿Sabemos en realidad qué es lo mejor para nosotros? Si en verdad consideramos que Dios es más sabio que nosotros, diremos junto con el apóstol Pablo: “De la misma manera, también el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad. No sabemos orar como debíamos, pero el Espíritu mismo intercede *por nosotros* con gemidos indecibles. Y Aquél que escudriña los corazones sabe cuál es el sentir del Espíritu, porque Él intercede por los santos conforme a *la voluntad* de Dios” (Rom. 8:26-27).

Esto significa que al pedirle algo a Dios, debemos hacerlo en un espíritu de humildad y dependencia. Debemos procurar una actitud que demuestre fe: “A mí me gustaría que hicieras esto, pero sé que tú ves un panorama mucho más extenso y profundo que el que yo puedo ver. Por favor, haz lo que el Espíritu está intercediendo por mí ahora”.

Ese es el tipo de oración que glorifica al Padre, el tipo de oración que muestra dependencia y confianza en Su soberanía y Su superioridad para conocer el mejor lugar al que nos puede llevar como hijos Suyos. Ese lugar podría ser la escasez económica, la enfermedad, o aun la muerte. ¿Por qué querríamos que Dios nos diera algo menos que lo mejor? Y solo Él sabe qué es realmente mejor.

3. ¿Quiero lo mismo que quiere Dios?

Hace poco realicé un estudio sobre el Padre Nuestro basado en una serie de mensajes de David Platt. En uno de los mensajes, el pastor Platt decía: “Desea lo que Dios desea, y luego pide lo que quieras”. Me parece que allí está la verdadera clave de que una oración sea contestada. Entre más vayamos creciendo en santidad hacia ser más como Cristo en nuestra manera de pensar, más oraciones veremos contestadas. Por eso dice el versículo 15, justo después del texto que estamos considerando, “Si ustedes Me aman, guardarán Mis mandamientos”. Nuestro amor a Dios siempre se verá reflejado en las cosas que deseamos, porque lo que deseamos es un reflejo de lo que valoramos. Jesús dice que el reflejo de nuestro amor por Él es cómo valoramos Sus mandamientos en nuestras vidas.

Este concepto lo vuelve a reforzar Juan en 15:16, pero ahora Sus mandamientos se convierten en fruto: “...y los designé para que vayan y den fruto, y que su fruto permanezca; para que todo lo que pidan al Padre en Mi nombre se *lo* conceda”. Dios quiere que llevemos fruto, por lo tanto, cada vez que pidamos llevar fruto y que ese fruto permanezca, no debemos tener la menor duda: Dios contestará esa oración.

Conclusión

La oración no es para que Dios se someta a nosotros, sino para que nosotros nos sometamos a Dios. Y esa es la verdadera fe. La que hace cosas sobrenaturales y mueve montañas. La

que muestra que Dios hará todo aquello que lo glorifique. Y cada vez que pidamos que Jesús sea glorificado en la manera que Dios conteste nuestra oración, tengamos por seguro que lo hará, aunque signifique arrancar un monte de su lugar para echarlo al mar. Pidámosle a Dios llevar fruto para Su gloria. Solo Dios sabe en Su infinita sabiduría cómo y dónde lo hará. Pero sí, lo hará.

6

Cristo se hizo pobre para que fueras rico

CARLOS CONTRERAS

Porque conocen la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que siendo rico, sin embargo por

amor a ustedes se hizo pobre, para que por medio de Su pobreza ustedes llegaran a ser ricos (2 Cor. 8:9).

“¡Dios quiere que seas rico!”. De seguro oíste esta expresión. Quizás hasta has visto este versículo usado para explicar y justificar que la muerte de Cristo garantiza prosperidad económica. Y es que este es un clásico ejemplo de un versículo que es tomado para injertarle un significado que no le corresponde. Esa es una costumbre común cuando vamos a la Biblia para encontrar justificación a alguna de nuestras creencias. Debemos recordar que la Biblia no es un formulario ni un recetario adonde vamos para tratar de encontrar lo que queremos. La Biblia contiene lo que en realidad necesitamos, pero es ella misma la que nos lo revela, la que discierne nuestras almas y nos confronta con la verdad. Debemos venir a la Biblia para que sea ella la que nos hable, no para darle expresión a nuestras propias ideas o invenciones. [falso evangelio de la prosperidad!](#)

Este texto de 2 Corintios se usa mucho para promover el mal llamado “Evangelio de la Prosperidad”. Digo mal llamado porque no es en verdad un evangelio. No son buenas noticias. Es una terrible distorsión del evangelio de Jesucristo, una deformación del asombroso mensaje de que Jesús vino a morir por nosotros para darnos vida en y con Él por toda la eternidad. Este “evangelio” rebaja esas buenas nuevas al cambiar el objetivo de la muerte de Jesucristo; ya no para llevarnos a Dios, sino para que tengamos una vida de prosperidad y holgura en este mundo. El verdadero evangelio nos anuncia que Cristo murió para darnos de Su vida abundante y para que la disfrutemos con Él por la eternidad. El falso

evangelio te dice que debes buscar una vida “buena” en el aquí y el ahora, gozando de las riquezas de este mundo.

Algo mayor que dinero

El texto que estamos considerando no enseña que Cristo vino a la tierra para proveernos riqueza material. Tiene otro significado. Uno de mucho mayor importancia. 2 Corintios 8:9 inicia con el recordatorio a los corintios de que ya “conocen la gracia de nuestro Señor Jesucristo”. Esa es la gracia de Dios en referencia al verdadero evangelio, la gracia manifestada en la iniciativa de Dios mismo en venir a rescatarnos de nuestra perdición. Ellos ya la conocen y deben recordarla siempre. Nunca debemos olvidar lo que Él hizo por nosotros. Ese acto de humillación y sacrificio voluntario con el fin de ofrecernos el perdón por nuestros pecados y una vida eterna completamente inmerecidos.

Si leemos el contexto del pasaje nos daremos cuenta de cuál es la razón de este versículo. Este fragmento es un paréntesis en un argumento de Pablo para con la iglesia en Corinto, llamándolos a que sean liberales y fieles en su promesa de dar de sus bienes materiales para aliviar la necesidad de la empobrecida iglesia en Jerusalén. El autor toma como ejemplo el sacrificio de nuestro Señor Jesucristo para demostrar que, si Él estuvo dispuesto a empobrecerse, los corintios, así como las iglesias de Macedonia (2 Cor. 8:23), también deberían estar dispuestos a dar con una riqueza de liberalidad. Los macedonios le suplicaron, a pesar de su pobreza material, que les concediera el privilegio de aportar para esa necesidad (2 Cor. 8:4), y Pablo quiere que los corintios también muestren esa misma disposición sacrificial. Todo el capítulo 8 de 2 Corintios no apunta a que Cristo murió para que los cristianos tengan más posesiones, sino para que den de lo que ya tienen.

Alguien mayor que las riquezas

Cuando Pablo nos habla de que Cristo se hizo pobre, está pensando en el ejemplo de vida que el mismo Señor nos dejó. Jesús se humilló a Sí mismo, despojándose de Sus prerrogativas divinas de gloria para tomar forma de siervo (Fil. 2:6-7). Un siervo que nació en un ~~pobre~~, creció como hijo de un carpintero, y, cuando salió a cumplir su ministerio, lo hizo sin tener un lugar en donde recostar su cabeza (Luc. 9:58). Cristo no vino para ser servido, sino para servir y para dar Su vida en rescate por muchos (Mat. 20:28). Cristo se empobreció porque Él era el precio a pagar por la salvación de nuestras almas. Se humilló hasta lo sumo, hasta el punto de morir desnudo, destrozado y consumido como un criminal maldito colgado de un madero (Gál. 3:13). Este es el pensamiento que consumía a Pablo: Su Rey y Salvador se había humillado de esta forma para ofrecernos, de manera gratuita, la gran riqueza de ser llamados Hijos de Dios y coherederos con Cristo.

Pero además, Pablo está pensando en el llamado que Cristo hizo a Sus discípulos a no vivir confiando en las riquezas materiales. Los llamó, y por ende a nosotros también, a nunca estar preocupados por nuestro sustento o vestimenta (Mat. 6:24-25), porque Él es capaz y suficiente para cuidar de nosotros. Nos alertó en contra de confiar y servir a las riquezas, pues son engañosas y destructivas (Mat. 13:22; 1 Tim. 6:17). De hecho, nos advirtió que a los que tienen riquezas les es muy difícil entrar en el reino de Dios (Mar. 10:23). El mismo Pablo nos explica en otro lugar que la raíz de todos los males es el amor al dinero, ya que tiene el poder de extraviar de la fe salvadora y hundir a los hombres en la perdición (1 Tim. 6:9-10).

Cristo también habló de las riquezas mundanas como injustas, y anticipó a Sus discípulos las riquezas verdaderas que habrían de recibir (Luc. 16:11). Por ello, nos llama como discípulos Suyos a hacer tesoro en los cielos, donde no hay ladrones ni polillas que lo destruyan, y lo hace en el contexto de estar aún dispuestos a despojarnos de las cosas materiales, siendo generosos con los pobres (Mat. 19:21; Luc. 12:33). Esto está en total oposición con un mensaje de enriquecimiento terrenal, y es coherente con lo que leemos en

2 Corintios 8:9. Cristo nunca afirmó que vino a morir para hacernos ricos materialmente. Al contrario, vino para hacernos libres de las riquezas materiales.

El problema de malinterpretar

Entonces, ¿por qué es tan peligroso que algunos tuerzan el significado de este pasaje? Porque rebaja la riqueza del significado del sacrificio de Cristo. Es una terrible depreciación del gran valor del sacrificio de nuestro Salvador. Es darle a la muerte del Santo Hijo de Dios el despreciable valor de cosas temporales y vanas. Es decir que Cristo descendió del Cielo y se encarnó en el evento más significativo de la historia del hombre para que puedas tener un automóvil nuevo.

Jesús vino para ofrecer verdaderas riquezas espirituales. Vino para ofrecer riquezas de bondad, paciencia y compasión para aquellos que merecían Su justo juicio y condenación (Rom. 2:4). Vino para llamarnos a recibir de las riquezas de la gloria de Su herencia en los santos (Ef. 1:18), y a que vivamos por Su bondad manifestando continuamente evidencia de las sobreabundantes riquezas de Su gracia para con nosotros, Sus amados (Ef. 2:7). Son esas riquezas de Su gloria las que nos llenan de gozo inefable (1 Ped. 1:8) y nos fortalecen con Su poder en nuestro ser. ¿Qué mayor riqueza pudo haber mostrado Dios para con nosotros en que siendo aún pecadores seamos ahora llamados Hijos de Dios? (1 Jn. 3:1).

Perspectiva correcta

Pero entonces, ¿no es legítimo que una persona busque salir de su pobreza material? Creo sin lugar a dudas que es legítimo que se busque aplicar principios bíblicos, como el trabajo diligente, la frugalidad, y el ahorro. Y creo que Dios, por Su gracia, prosperará a esa persona. Pero el apóstol Santiago, al poner el ejemplo de los pobres, nos dice que Dios los escoge, pero no para enriquecerlos materialmente, sino para que sean ricos en la fe, como coherederos del reino (Sant. 2:5). También el autor de Hebreos nos recuerda el ejemplo de Moisés, que escogió identificarse con el penoso oprobio de Cristo antes que con las riquezas de los tesoros de Egipto (Heb. 11:24-26).

El creyente virtuoso y maduro debe buscar identificarse con los sufrimientos de Cristo antes que con los placeres y bienes que este mundo ofrece. Pablo y los apóstoles consideraban un privilegio que a los creyentes se les concediera participar de los sufrimientos de Cristo (Rom. 5:3; Fil. 1:29; 1 Ped. 4:13). La Biblia nos enseña que las tribulaciones de este mundo, incluyendo la pobreza, son oportunidades para crecer en piedad y para glorificar a nuestro Dios por medio de nuestra respuesta en fe y confianza de que es Él quien tiene cuidado de nosotros. Debemos procurar ser fieles en nuestro trabajo y aplicar principios bíblicos de mayordomía con los recursos que Él nos ha dado. Pero no por amor al dinero, sino por amor al Dador. Y aun esto, como Pablo instruyó a los corintios, es para abundar en dádivas a los necesitados, no para aumentar nuestras posesiones.

Conclusión

Este pasaje en 2 Corintios es un hermoso recordatorio de la magnanimidad del evangelio de Jesucristo. Es ese testimonio el que nos debe llamar de continuo a la liberalidad, a dar a otros de gracia de lo que por gracia hemos recibido. Pero también nos muestra que la Biblia nos llama específicamente a buscar de manera específica, no la riqueza material, sino la riqueza espiritual. Somos llamados a ser ricos en Cristo. A buscar la riqueza que procede de una verdadera y profunda comprensión en el conocimiento de la persona de Cristo (Col. 2:2). Él es, a fin de cuentas, nuestra máxima riqueza. Él es nuestro absoluto tesoro.

Instruye al niño en su camino y no se apartará de él

JOSÉ MERCADO

Instruye al niño en el camino que debe andar, y aun cuando sea viejo no se apartará de él (Prov. 22:6).

La gran mayoría de los padres cristianos tienen el clamor en su corazón de que sus hijos sirvan a Dios. Con buenas intenciones, muchos padres se aferran a este texto de Proverbios con la esperanza de ver a sus hijos crecer y que puedan permanecer en la senda de la justicia. Toman este verso como un ancla que les da esperanza en momentos de dificultad. Años después, vemos que se preguntan ¿por qué mi hijo se apartó del camino? Con tristeza, vemos que en ocasiones este pasaje parece no cumplirse en sus vidas. Todos aquellos que crecimos en la Iglesia sabemos de muchos amigos que ya no sirven a Dios, a pesar de ser hijos de cristianos. ¿Qué sucedió? ¿Dios no cumplió Su promesa? Es importante interpretar de forma adecuada Proverbios 22:6 para poder navegar en el difícil reto de la crianza de nuestros hijos.

El asunto de los géneros

Uno de los principales problemas al interpretar la Palabra es que muchos no toman en cuenta el género literario que están leyendo. La Biblia fue escrita por hombres inspirados por el Espíritu Santo. Esto no quiere decir que era necesariamente un dictado de Dios, pues Él usó las personalidades, experiencias y vidas de cada uno de los escritores para comunicar la verdad de Su plan de redención. De esta forma, Dios decidió compartir Su Palabra completamente inspirada por Él, a la vez que utilizó los géneros literarios para ayudarnos a interpretar el mensaje que cada pasaje quiere transmitirnos.

Cuando lees un libro que comienza diciendo “Érase una vez...” sabes que lo que estás a punto de leer es un cuento de hadas. Eso te dice que no es verídico, que tiene personajes que no son reales, y con frecuencia la historia tiene una moraleja. De la misma forma, cada género de la Biblia nos comparte claves para ayudarnos a interpretar el mensaje que está comunicando. Si queremos ser fieles a ese mensaje original inspirado por Dios, debemos tomar en cuenta el género literario.

En el caso del libro de los Proverbios, muchas veces las personas lo toman como un manual de promesas, como acontecimientos que siempre deben suceder. No obstante, el mismo libro nos dice cómo debe ser usado:

Los proverbios de Salomón, hijo de David, rey de Israel: para aprender sabiduría e instrucción, para discernir dichos profundos, para recibir instrucción en sabia conducta, justicia, juicio y equidad; para dar a los simples prudencia, y a los jóvenes conocimiento y discreción. El sabio oirá y crecerá en conocimiento, y el inteligente adquirirá habilidad, para entender proverbio y metáfora, las palabras de los sabios y sus enigmas (Prov. 1:1-6).

Podemos ver que Salomón nos dice cómo usar este libro. Nos da la llave hermenéutica. Es para crecer en sabiduría y para actuar con prudencia. En ningún momento afirma que es un libro de promesas que Dios va a cumplir. Proverbios está lleno de consejos que, si los aplicamos, *usualmente* tienen el resultado esperado. El empleo de la palabra usualmente quiere decir que no siempre se van a cumplir, y este es el caso con el pasaje que estamos viendo.

Aprender de la instrucción

Entonces, si “Enseña al niño el camino en que debe andar” no es una promesa sino un verso que comparte sabiduría, ¿qué debemos aprender de él? Este pasaje debe llevarnos a reflexionar sobre la pregunta “¿Cómo instruyo a mis hijos en el camino de Dios?”. Durante mucho tiempo los padres han pensado que la respuesta es nada más que llevar a los hijos a la iglesia. No importa cómo lo hagamos, con tal de cumplir con este objetivo, de ahí en adelante les dejamos al pastor y a sus miembros que lo instruyan por nosotros. Esta no es una forma bíblica de instruir a nuestros hijos. Aunque la comunidad de creyentes tienen el rol de ayudarnos a educarlos en el temor de Dios, la responsabilidad de la instrucción recae en los padres.

En lo personal, creo en la teología bíblica llamada “Teología del Pacto”. Sin entrar en detalles, considero que la disposición de Dios es salvar a los hijos de creyentes que están en el pacto, y esta disposición es evidente al nacer ellos en una familia de creyentes. Nuestra esperanza nunca está en cómo nosotros instruimos a nuestros hijos, sino que debe estar en un Dios soberano que es el único que puede dar vida a un corazón muerto. Nosotros no tenemos que cargar el peso de que la salvación de los hijos depende de nosotros. Dios nos salvó a nosotros, y de esa misma forma puede salvar a nuestros hijos. A la vez, Dios usa a los padres como medio de gracia para que la verdad del evangelio sea predicada y modelada en los hijos, y les dé la salvación.

¿Cómo instruimos a nuestros hijos?

Predicarles el evangelio.

Desde pequeños debemos decirles la verdad de que son pecadores, pero que Cristo vino al mundo para salvar a los pecadores de sus pecados.

Llenarlos de la Palabra.

Hablar de la Biblia debe ser algo que caracterice nuestros hogares.

Modelarles el evangelio.

Como padres, nunca debemos presentarnos como seres perfectos que jamás pecamos. Nos relacionamos con ellos como pecadores que somos, dejándoles saber que si hay algo bueno en nosotros, es la gracia de Dios en nuestras vidas.

Cuidarnos de la hipocresía.

Si nuestra vida es diferente de lo que predicamos, esto va a tentar a nuestros hijos. La forma en que se relacionan los padres y cómo tratan a sus hijos es crucial para proteger el evangelio.

Disciplinarlos.

Esto incluye instruirlos y corregirlos de acuerdo con la Palabra de Dios en las conductas que son contrarias al evangelio en sus vidas.

Velar por sus corazones.

Estamos más interesados en qué motiva sus corazones que en hacerles actuar de una forma que nos complace.

Expresarles nuestro amor.

Ellos siempre deben estar conscientes de nuestro amor y aceptación. Así como Dios nos ama, debemos amar a nuestros hijos.

Conclusión

Aunque Proverbios 22:6 no es una promesa, nos apunta a la sabiduría que necesitamos en la difícil tarea de criar a los hijos. Nuestra confianza no está en nosotros: está en Dios, nuestro único Salvador. Con esta confianza, podemos trabajar en ser fieles al llamado de instruirlos, para que Dios use esto como medio de gracia en la vida de ellos, para Su gloria.

8

Cree en Cristo y serás salvo

MATTHEW HALL

...Que si confiesas con tu boca a

Jesús por Señor, y crees en tu corazón que Dios Lo resucitó de entre los muertos,

serás salvo (Rom. 10:9).

Estoy convencido de que hay pocas promesas más hermosas y que provean más paz que la que el apóstol Pablo presenta en Romanos 10:9. Hay una profunda simplicidad en ella: confiesa a

Jesús como Señor, cree en Su resurrección con tu corazón, y serás salvo.

El pueblo de Dios está compuesto por aquellos que confían en las buenas nuevas de que la salvación es solo por gracia mediante la fe en Cristo. Mientras los sistemas falsos añaden ciertas obras para ganar o merecer la salvación, el evangelio de Cristo es escandaloso: es Otro el que cumple la ley a la perfección y quien ganó la salvación en nombre de todos los que confían en Él como su sustituto. No podemos hacer nada para ganar nuestra salvación. Al contrario, nuestra única esperanza es que esa “justicia ajena” sea acreditada a nuestra cuenta.

Es la naturaleza simple y escandalosa del evangelio lo que nos da esperanza y seguridad. De no ser por el evangelio, nunca podríamos tener la garantía de saber si por fin hicimos lo suficiente para ganarnos el favor de Dios. ¡Gracias a Dios por la justicia imputada de Cristo y Su perfecta obediencia!

Así que, si Romanos 10:9 nos dice la verdad del evangelio, ¿por qué tantos cristianos (incluso pastores) parecen estar tan confundidos por este versículo? Una vez más, es necesario conocer el contexto para entender el texto. En base a la totalidad de la revelación de Dios en la Escritura, hay dos cosas que podemos concluir con certeza que este texto no está diciendo.

1) Pablo no está sugiriendo que somos salvos por nuestras obras u oraciones.

Algunos cristianos han tomado este versículo para sugerir que solo recitar una oración es lo que salva a la gente. En otras palabras, si podemos hacer que la gente rece la “oración del pecador”, entonces podemos asegurarles que son salvos. ojo!!

Eso está lejos de la doctrina bíblica de la conversión. La Palabra de Dios deja en claro que somos salvos solo por fe. Nuestras buenas obras no nos ganan nada delante de Dios. De hecho, Isaías 64:6 dice que son como trapos de inmundicia. Si el acto verbal de rezar una oración fuera lo que nos salvara, sería una forma de justicia por obras. Llegaríamos a la conclusión de que el factor determinante de nuestra salvación sería haber “rezado la oración”. Pero la cuestión clave en el evangelio es la fe.

Por supuesto, es muy natural y apropiado que cuando Dios concede la fe y el arrepentimiento a un pecador, eso se haga evidente a través de una oración. Esto es, en

parte, lo que Pablo está queriendo decir en este mismo versículo. Pero eso es bastante diferente a decirle a alguien que la oración en sí es lo que lo salva. **Aquello es un “evangelio” de abracadabra, no el evangelio de Cristo.**

2) Pablo no está diciendole que las buenas obras no tienen importancia.

Toda la Carta a los Romanos es clara. Somos justificados –declarados justos– sobre la base de la fe, no por las obras. La ley –el conjunto de mandamientos que el Antiguo Testamento ordenaba que el pueblo cumpliera– es incapaz de salvar a nadie, y es que la intención de Dios nunca fue esa, sino mostrarnos nuestra necesidad de misericordia y de una justicia que no es nuestra (Rom. 3:19-24).

Así que algunos podrían concluir que este versículo transmite la idea de que tomar una decisión inicial de seguir

Jesús es todo lo que importa. “Confíesalo como salvador y listo: serás salvo”. Esto sugiere que la autoridad de Cristo como Salvador puede estar divorciada de Su autoridad como Señor. Pero ni en este verso ni en ningún otro lugar de las Escrituras hay una categoría para un cristiano que vive igual que aquellos en el mundo.

¿Cómo somos salvos?

Entonces, ¿qué está diciendo Pablo? Nota que este versículo es parte de la carta de Pablo a los cristianos de Roma, a quienes les asegura que el evangelio es para judíos y para gentiles: por la fe, aparte de la ley, y a través de la buena voluntad soberana de Dios, a fin de formar un pueblo para Sí mismo. Estas son buenas noticias. Todos estábamos muertos en nuestros pecados. La ley no fue capaz de salvar a nadie. Y en la carta, el apóstol se enfrenta a un desafío teológico increíble. ¿Cómo es que el evangelio viene a “gentiles que no iban tras la justicia”, pero que Israel “que persigue una ley que llevaría a la justicia” no tuvo éxito en llegar a esa ley? Por un lado, se pone de manifiesto en el capítulo 9 que esto se debe por completo a la elección libre y soberana de Dios. Pero la buena noticia es que Dios salva a todos los que invocan a Cristo, judío o gentil, porque la justicia que es por la fe es la que da vida (Rom. 10:5-6).

¿Y cómo luce la fe cuando Dios por gracia la otorga a un pecador? Es espectacularmente simple. Se trata de una confesión de fe y una creencia, una confianza en la obra salvífica de Jesús y Su tumba vacía. Ese es el punto de Romanos 10:9. No hay nadie, sin importar la raza, la clase social, la etnia o el género, que esté demasiado lejos para ser reconciliado con Dios.

Como Pablo aclara más adelante en Romanos y en el resto de sus epístolas, nuestra fe por fuerza dará frutos. O, como dijo Martín Lutero: “Somos salvos por la fe sola, pero la fe que salva no está sola”. La fe salvadora siempre se manifestará mediante buenas obras en las vidas del pueblo de Dios. Sí, vamos a ser imperfectos y tropezaremos con el pecado. Pero la vida de alguien que ha confesado a Cristo como Señor y ha creído en Él es una vida que también exhibirá el fruto del Espíritu. Esta es la razón por la que solo un par de capítulos más adelante, Pablo da una lista bastante explícita de mandamientos y expectativas de lo que debe caracterizar a un cristiano.

Conclusión

Si eres cristiano, es por la simple promesa del evangelio de Jesucristo. Ni tú ni yo hicimos nada para contribuir a nuestra salvación o para merecerla. Por el contrario, es un don gratuito de Dios. ¡Gracias a Dios por esa buena noticia! Pero recuerda la exhortación del mismo apóstol Pablo “ocúpense en su salvación con temor y temblor” (Fil. 2:12). Esto es lo que significa ser un discípulo, salvo por gracia y llamado a seguir a Cristo como maestro.

Gracia y misericordia indescriptibles, que nos llaman a una vida que dé testimonio del reinado de Cristo sobre el universo.

9

Dios es amor

ENRIQUE ORIOLO

El que no ama no conoce a Dios, porque Dios es amor (1 Jn. 4:8).

“Yo no creo en el infierno porque Dios es amor”.

“Si Dios es bueno y es amor, ¿cómo no me va a perdonar?”.

“Dios me ama y sabe que hago lo mejor que puedo: Él es amor”. ¿Escuchaste alguna vez una de estas frases? Seguro que sí. Yo las escuché. No recuerdo haberlas dicho, pero de seguro he pensado cosas similares. Crecí como un católico romano que procuraba cumplir todo lo que tenía que cumplir: me confesaba cada dos meses, iba a misa todos los domingos, tomaba la eucaristía. Yo era más religioso que mis compañeros de clase, que mis amigos del barrio. Si a eso le sumamos que ¡Dios es amor!, ¡ya está! ¿Qué más necesito?

De plano debo decirlo: Dios es amor, y Dios ama de un modo increíble. Negar tal cosa sería negar la Biblia. Lo importante es ver el resto de la panorámica sobre esta idea y este texto de 1 Juan 4:8, que también se presenta unos versículos más abajo: “Y nosotros hemos llegado a conocer y hemos creído el amor que Dios tiene para nosotros. Dios es amor, y el que permanece en amor permanece en Dios y Dios permanece en él” (1 Jn. 4:16). Dios es amor, pero... ¿es solo eso?

El panorama en la Biblia

En su Primera Epístola, Juan está interesado en traernos seguridad y convicción a nosotros, los cristianos. Seguridad sobre nuestra vida en Cristo y convicción sobre la verdad que hemos oído desde el principio. Así leemos: “Estas cosas les he escrito a ustedes que creen en el nombre del Hijo de Dios, para que sepan que tienen vida eterna” (1 Jn. 5:13). También nos dijo antes: “No les he escrito porque ignoren la verdad, sino porque la conocen y porque ninguna mentira procede de la verdad” (1 Jn. 2:21) y “Les he escrito estas cosas respecto a los que están tratando de engañarlos” (1 Jn. 2:26).

Los falsos maestros estaban introduciendo sus herejías en la iglesia, y Juan advierte al pueblo de Dios de que ellos ya conocen la verdad. Es por eso que en los primeros versículos de la carta Juan utiliza expresiones como: “hemos oído... hemos visto... hemos contemplado... han palpado nuestras manos... damos testimonio...”. Estos términos son intencionales: están hablando del que existía desde el principio y del que estaba con el Padre y se manifestó: Jesucristo.

Entender el amor

En medio de los marcados contrastes entre el mundo y la iglesia, entre los hijos de Satanás y los hijos de Dios, entre la luz y las tinieblas, entre el amor y el odio, Juan coloca allí nuestro texto: “Dios es amor”. El amor es un tema recurrente en las cartas de Juan, y para poder entender lo que él nos está diciendo, nuestro concepto de amor debe ser el mismo concepto que maneja Juan al escribir. El mismo apóstol Juan nos dejó registrado que Jesús dijo en Su ministerio terrenal que no hay mayor amor que dar la vida por sus amigos (Juan 15:13). Así se mostró el amor de Dios: por medio del sacrificio sustitutorio de Cristo en la cruz del Calvario: “En esto se manifestó el amor de Dios en nosotros: en que Dios ha

enviado a Su Hijo unigénito (único) al mundo para que vivamos por *medio de Él*” (1 Jn. 4:9). El Hijo unigénito del Padre murió para que nosotros vivamos por medio de Él y podamos ser llamados hijos de Dios.

“Miren cuán gran amor nos ha otorgado el Padre: que seamos llamados hijos de Dios. Y *eso* somos” (1 Jn. 3:1). “En esto conocemos el amor: en que Él puso Su vida por nosotros” (1 Jn. 3:16). Si comprendemos esto podemos ver que no estamos hablando de un amor poético, de fantasía. De un amor que tiene ojos ciegos y que no toma en cuenta nuestras acciones porque “el amor es más fuerte”. El amor de Dios por nosotros ha costado la vida de Jesucristo. No es un juego. Si dos veces se dice que Dios es amor, dos veces se dice que Dios es justo, y se nos dice como algo que debemos saber: “Si saben que Él es justo, saben también que todo el que hace justicia es nacido de Él” (1 Jn. 2:29); “Hijos míos, que nadie los engañe. El que practica la justicia es justo, así como Él es justo” (1 Jn. 3:7).

Amor y justicia

La justicia de Dios requiere que el culpable reciba su castigo (comp. Ezeq. 18:20; Ex. 34:7), y Dios no puede ir en contra de sí mismo. Su amor no puede ir en contra de Su justicia. Dios ama al hombre, pero el hombre se rebeló contra Él, se volvió Su enemigo y cambió la gloria de Dios por la adoración de ídolos. En Su amor, Dios quiere otorgar Su perdón. En Su justicia, Él quiere castigar al culpable. Es aquí donde el evangelio brilla más fuerte: Dios es justo, entonces no te puede perdonar solo porque te ama o porque es amor. De hecho, Dios es amor, por lo que no quiere dejarte en tu pecado. Él debe hacer que ese pecado sea borrado de tu cuenta.

Dios no podía perdonarme por el hecho de que yo era más religioso que el resto de mis compañeros, ni porque yo cumplía ciertas reglas religiosas, porque por las obras ningún hombre puede ser hecho justo (Rom. 3:20). Dios tuvo que remover el pecado de mi cuenta, tuvo que satisfacer la ira que estaba sobre mí, y ejecutar el justo juicio que me esperaba. ¿Y cómo Dios fue amor y justo al mismo tiempo? Cuando Jesucristo, que vivió una vida sin pecado, fue a la cruz a morir como un pecador. El pecado, la ira y el justo juicio que estaban a mi nombre fueron pasados a Su cuenta; y Su vida perfecta, sin pecado y justa, fue aplicada a mi cuenta.

El Hijo unigénito de Dios tuvo que morir para que yo pueda formar parte de Su familia. Si perdemos a Dios el justo, perdemos a Dios como amor, y nos quedamos con un recorte fotográfico que distorsiona el panorama. Si unimos la justicia y el amor de Dios, nos encontramos con una cruz. Y es desde la cruz que entendemos que Dios es amor.

Conclusión

¿Cómo entendemos que Dios es amor? Mirando hacia la cruz, la mayor entrega, la mayor expresión de amor, el dar la vida por otros. Es en el evangelio donde vemos al Dios que es amor. ¿Recuerdas Juan 3:16? De tal manera amó Dios al mundo que entregó. Dios es amor, y el amor de Dios se entiende en el evangelio.

Ojo por ojo

JUAN SÁNCHEZ

*Pero si hubiera algún otro daño, entonces pondrás como castigo, vida por vida,
ojo por ojo,
diente por diente, mano por
mano, pie por pie, quemadura por quemadura, herida por*

*herida, golpe por golpe (Éx.
21:23-25).*

¿Alguna vez has pensado por qué las películas de revancha son tan populares? Esas como *Gladiator*, *Corazón valiente*, *Búsqueda implacable*. Creo que estas películas son populares porque, en el fondo, cada uno de nosotros tiene un deseo innato por la justicia. Ahora bien, debido a nuestra naturaleza pecaminosa, el deseo por la justicia puede conducirnos con facilidad a la revancha, y esto nos puede llevar hacia un ciclo interminable de venganza. Dios, nuestro Creador, está consciente de esta realidad. Es por eso que en este texto de Éxodo 21, Él proveyó un estándar de justicia que pone límite a la sed de venganza.

El contexto del Antiguo Testamento: El pacto mosaico

Cuando Dios llevó a Israel al Monte Sinaí y les reveló los términos de Su pacto, en Éxodo 19-24, Él en primer lugar resumió Sus expectativas en diez palabras, lo que conocemos como los

Diez Mandamientos (Éx. 20:1-17). Luego, Dios explicó con gran detalle lo que esperaba de Su pueblo Israel (Éx. 20:22-23:1). Uno de los principios que

Dios explica es la ley de la justicia equitativa. Conocemos este principio como, “ojo por ojo”, y también lo encontramos en Levítico 24:20 y Deuteronomio 19:21.

Por desgracia, esta ley de justicia equitativa ha sido aplicada y entendida de forma errónea. En vez de servir como la base de la justicia, ha sido utilizada como la base de la venganza. Jesús expone la mal aplicación que los fariseos hacían de este principio, en Mateo 5:38. Los fariseos habían

pervertido este principio al usarlo como el fundamento de la venganza personal: “Si me haces X cosa a mí, ¡entonces tengo el derecho de hacerte X cosa a ti!”. Cuando el principio se entiende y aplica de forma errónea, puede convertirse en una excusa para demandar nuestro derecho personal para hacerles a otros lo que entendemos que ellos nos han hecho en primer lugar.

El principio del Antiguo Testamento: Ojo por ojo

El contexto específico de la ley de la justicia equitativa en Éxodo 21:23-25 concierne a unos hombres involucrados en un altercado físico y que, por accidente, hieren a una mujer encinta. Si la mujer y el bebé resultaban ilesos, el hombre que la hirió debía pagar una multa propuesta por su marido y determinada por un juez (v. 22). No obstante, si había daños, ya sea contra la mujer o contra el bebé o contra ambos, entonces el pago era (v. 23):

- Vida por vida
- Ojo por ojo
- Diente por diente
- Mano por mano
- Pie por pie
- Quemadura por quemadura
- Herida por herida
- Golpe por golpe

Es evidente que la intención de la ley es proveer justicia equitativa. En términos modernos, podríamos decir que el punto de la ley es asegurarse de que el castigo sea adecuado al crimen. Tal principio tiene el propósito de proveer justicia, tanto para el inocente como para el culpable. Por ejemplo, en el caso de una mujer que pierde a su bebé por causa de la riña de dos hombres, el esposo puede ser tentado a establecer una multa exorbitante. O si la parte culpable es muy rica, puede evadir la justicia al pagar una multa sin que afecte su bolsillo. La ley de la justicia equitativa toma el veredicto de las manos de

las partes involucradas y la pone en las manos de un tercero: un juez. Aunque el marido proponga una multa, el juez determina la cantidad.

El principio para hoy: perdón y tolerancia

El principio de la justicia equitativa (ojo por ojo) no es la base para ejecutar la venganza, sino una guía para llevar a cabo la justicia equitativa. Este principio quita la justicia de nuestras manos y la pone en las manos de un tercero juez, quien ha de asegurarse de que el castigo sea adecuado a la transgresión. Tal principio protege a la víctima de buscar revancha, ya que asegura que la justicia se cumplirá. Y también protege a la parte culpable, ya que asegura que el castigo será adecuado al crimen: ni más, ni menos.

No podemos cerrar aquí. El principio de la justicia equitativa expone el hecho de que todos nosotros hemos ofendido a un Dios santo y que nuestro castigo debe ser adecuado a nuestra transgresión. La paga por pecar en contra de un Dios santo es la pena de muerte. Pero el evangelio nos recuerda que Jesús, la única persona inocente y sin pecado, pagó la penalidad por nuestro pecado (vida por vida) al sufrir y morir en la cruz como un criminal. Todo aquel que reconoce su pecado y culpabilidad puede renunciar a su pecado y volverse a Cristo con fe para recibir el perdón por sus transgresiones. Todo aquel que se arrepiente de sus pecados y cree en Jesucristo experimenta la realidad de la satisfacción de la justicia de Dios en la muerte de Cristo.

Conclusión

Debido a que hemos sido perdonados, nosotros también podemos vivir una vida caracterizada por el perdón hacia otros. En otras palabras, la justicia equitativa de Dios al castigar nuestros pecados en Jesús nos libera de buscar venganza contra aquellos que pecan contra nosotros (Mat. 5:38-42). No necesitamos devolver mal por mal o injuria por injuria; al contrario, somos llamados a bendecir a aquellos que nos persiguen, demostrando así que somos hijos de Dios, que recibiremos Su herencia por venir (1 Ped. 3:8-17).

11

Atar al enemigo

GERSON MOREY

*Yo te daré las llaves del reino de los cielos; y lo que ates en la tierra, será atado en los cielos;
y lo que desates en la tierra, será desatado en los cielos (Mat. 16:19).*

En verdad les digo, que todo lo que ustedes aten en la tierra, será atado en el cielo; y todo lo que desaten en la tierra, será desatado en el cielo (Mat. 18:18).

En nuestros días nos encontramos una y otra vez con un cristianismo que resalta las capacidades del hombre al punto de convertirlo casi en una deidad. A tal efecto, la iglesia ha malinterpretado el hecho de que el hombre fue creado “a semejanza de Dios”, y a partir de ahí ha enseñado que el hombre, en cierta medida, puede hacer lo que Dios hace.

En ese sentido, una de las enseñanzas que está muy arraigada en los círculos cristianos es que los creyentes también podemos declarar y mandar con autoridad, así como Dios lo hace. Mejor dicho, que nuestras palabras tienen tanto poder como las palabras de Dios. Dicha autoridad, dicen, incluye un poder que los creyentes tenemos para “atar al diablo y sus demonios”. La justificación bíblica para esta práctica es

tomada de dos textos del Evangelio de Mateo, y en ambos casos Jesús les está enseñando a Sus discípulos algunos aspectos de la autoridad que la Iglesia tendría en su misión en la tierra.

Atar, desatar y el evangelio

El primer texto lo encontramos en Mateo 16, cuando Jesús les está preguntando a Sus discípulos: “Y ustedes, ¿quién dicen que soy Yo?” (Mat. 16:15). Pedro fue el único que respondió, diciendo: “Tú eres el Cristo (el Mesías), el Hijo del Dios viviente” (v. 16). El Señor anuncia que Su Iglesia será fundada sobre esta declaración, y es en este contexto que le dice a Pedro que le dará las llaves del reino y que lo que ate y desate en la tierra será atado y desatado en el cielo.

La referencia inmediata de este texto aplicaba al apóstol Pedro y luego a los otros discípulos, quienes fueron los pioneros que “abrieron” el acceso al reino, a través de la proclamación del evangelio. Su predicación hizo posible que tanto judíos como gentiles tuvieran la oportunidad de ser parte del reino de los cielos y recibir sus bendiciones.

Sin embargo, en su aplicación más amplia, esta autoridad “de atar y desatar” quedaba extendida a toda la Iglesia en su misión evangelizadora. En el cumplimiento de la Gran Comisión, la Iglesia de Jesucristo puede asegurar las bendiciones de acceso al reino o puede advertir de juicio y condenación a los hombres, según ellos respondan. Por esta razón, debemos recordar que cuando el creyente predica las buenas nuevas, puede darles seguridad de perdón de pecados a quienes se arrepienten, y aun advertir de juicio a quienes rechazan el mensaje del evangelio. Esa es la autoridad para atar y desatar que vemos en Mateo 16.

¿¿¿pero porque mi pastor no lo comprende si esta clarisimo!!?

Atar, desatar y la disciplina

Ahora, el otro texto que nos enseña sobre esto de atar y desatar está en Mateo 18, y otra vez Jesús les está enseñando a sus discípulos diciendo:

En verdad les digo, que todo lo que ustedes aten en la tierra, será atado en el cielo; y todo lo que desaten en la tierra, será desatado en el cielo (Mat. 18:18).

En esta oportunidad, el tema que el Señor está discutiendo es la disciplina eclesiástica. Jesús les está recordando a los discípulos la responsabilidad que la Iglesia tiene de ejercer disciplina a quien rehúsa ser corregido en vez de buscar arrepentimiento por un acto pecaminoso. Eso lo podemos ver por los versículos que anteceden:

Si tu hermano peca, ve y repréndelo a solas; si te escucha, has ganado a tu hermano. Pero si no *te* escucha, lleva contigo a uno o a dos más, para que TODA PALABRA SEA CONFIRMADA POR BOCA DE DOS O TRES TESTIGOS. Y si rehúsa escucharlos, dilo a la iglesia; y si también rehúsa escuchar a la iglesia, sea para ti como el Gentil (el pagano) y el recaudador de impuestos (Mat. 18:15-17).

Cuando alguien ha cometido algún pecado, el deber de la iglesia es restaurarlo, y los creyentes que ejerzan la disciplina deben procurar ganar al hermano. La meta es hacerle ver su pecado y llevarlo a buscar el perdón.

Pero si en una instancia íntima, la persona que pecó se resiste, debemos llamar a un par de testigos para concederle una nueva oportunidad. Si todavía no hay arrepentimiento, el otro peldaño en la escalera de la restauración es decirlo en público a la iglesia. Si el hermano no acepta la disciplina, la cuarta y última medida será tenerlo “por gentil y publicano”, o más bien, expulsarlo de la iglesia, tal como lo había demandado el apóstol Pablo a los corintios cuando uno de sus miembros estaba en abierta desobediencia a las Escrituras, practicando un pecado sexual (1 Cor. 5:13).

En este contexto, “y lo que ates en la tierra, será atado en los cielos; y lo que desates en la tierra, será desatado en los cielos” se refiere al respaldo que el cielo otorga cuando la iglesia cumple su labor y procura la santidad entre sus miembros. Cuando ejercemos bien la autoridad para disciplinar en la tierra, el cielo aprueba la disciplina.

Conclusión

Pensar que tenemos la necesidad de “atar y desatar” al diablo es un argumento que no se ajusta al testimonio de las Escrituras en los versículos comúnmente utilizados para sostener tal idea. Lo que es más, pensar de esta manera desvía la atención de la iglesia. Los pasajes de Mateo 16 y 18 que nos hablan de atar se refieren de manera clara al evangelizar y a la disciplina en la iglesia. Los creyentes no tenemos que enfrascarnos en una “batalla campal” contra el diablo y sus demonios, ni tampoco “atarlos” en el nombre de Jesús. Por un lado, porque Satanás, ya fue atado y derrotado hace 2000 años por un Hombre más fuerte que él: Jesús de Nazaret (Mat. 12:29). Además, porque la relativa influencia que el diablo pueda tener hoy día siempre estará sujeta a los límites que Dios ha establecido en Su soberanía.

En medio de la guerra espiritual — que es real y no ignoramos— el llamado que tenemos en la Escritura es a resistir y estar firmes (Ef. 6:11,13; Sant. 4:7). No tenemos que atar al diablo porque toda su obra está bajo el permiso y control soberano de Dios, cuya soberanía y amor hacia nosotros deben constituirse en la base de nuestra confianza para evangelizar, y para ejercer la disciplina de la iglesia cuando sea necesario.

12

Serás salvo tú y tu casa

DANIEL PUERTO

*Ellos respondieron: “Cree en el
Señor Jesús, y serás salvo, tú y toda tu casa” (Hech. 16:31).*

En una reunión de oración un tiempo atrás, una hermana pidió que la acompañáramos pidiendo a Dios por la salvación de sus familiares. Si mal no recuerdo, ella mencionó a su padre, sus hermanos y tíos. Nosotros le prometimos que oraríamos en ese momento por la salvación de su familia. Pero antes de comenzar a orar, ella nos dijo: “Yo tengo fe que Dios salvará a mis familiares porque en su Palabra dice: ‘Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo, tú y tu casa’. Yo confío en las promesas de mi Dios”. Por supuesto, ella se estaba refiriendo a Hechos 16:31. Ahora bien, si esta es una promesa, como ella pensaba, entonces ¡se le debe una explicación a muchos cristianos! Muchos de nuestros hermanos y hermanas han orado toda su vida por la conversión de un familiar, y sin embargo nunca llega. Entonces, ¿qué ha pasado?

¿Cuál es el contexto del pasaje?

Lo dicho por Pablo en Hechos 16:31 acontece en medio de su encarcelamiento junto a Silas, poco después de haber sido azotados. Ellos habían sido puestos en el calabozo, y mientras oraban y cantaban himnos a Dios: “De repente se produjo un gran terremoto, de tal manera que los cimientos de la cárcel fueron sacudidos. Al instante se abrieron todas las puertas y las cadenas de todos se soltaron” (16:26).

De acuerdo con la ley romana, si un guardia perdía a un prisionero, él recibía el mismo castigo que el gobierno había determinado para el delincuente. Al ver toda las puertas abiertas, el carcelero entró en un estado de pánico, al punto de buscar su espada para quitarse la vida. Los gritos de Pablo evitaron su suicidio, al explicarle que todos los presos seguían dentro de la cárcel.

Luego de tan emocionante escena, el carcelero preguntó a los misioneros: “Señores, ¿qué debo hacer para ser salvo?” (16:30). La respuesta de Pablo y Silas fue la proverbial expresión “Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo tú y *toda* tu casa”. Como la señora en la reunión de oración, muchos cristianos entendieron estas palabras como una promesa directa de parte de Dios para ellos mismos. Ellos vieron en este versículo una razón para creer que sus familiares no creyentes algún día, tarde o temprano, llegarán a creer en Cristo como Salvador.

Historias y enseñanzas

¿Es Hechos 16:31 una promesa de Dios acerca de la salvación de nuestros familiares? En resumidas cuentas, no.

Una regla importante que debemos seguir al estudiar la Biblia es interpretar las narraciones históricas a la luz de los textos didácticos, es decir, interpretar las historias en base a las enseñanzas. “El término *didáctico* viene de la palabra griega que significa enseñar o instruir. La literatura didáctica enseña o instruye”.⁴ Hablando en términos generales, los Evangelios y el libro de los Hechos son en gran parte narraciones históricas; mientras que las cartas de Pablo, Pedro, Juan, etc. son textos didácticos.

Los Reformadores del siglo XVI tenían como principio hermenéutico que las Epístolas interpretan los Evangelios, en lugar de que los Evangelios interpreten las Epístolas.⁵ No podemos sacar nuestra teología de narraciones históricas, ignorando la enseñanza que con claridad podemos leer en los pasajes didácticos.

El escritor español José M. Martínez explica de manera contundente que “la atribución de carácter normativo a un hecho determinado debe basarse en otros textos del Nuevo Testamento que la justifiquen... Sin el debido apoyo del resto del Nuevo Testamento, no debe generalizarse ninguna experiencia personal o práctica eclesiástica y propugnar su repetición como si fuese exigible a todo cristiano o a toda iglesia local. Ello sería una ligereza poco recomendable”.⁶

En Hechos 16:31 Dios no enseña que mi familia recibe salvación automáticamente después de que yo soy salvo. Tampoco enseña que Dios me prometió que los miembros de mi familia serán salvos si yo comprendí el evangelio y recibo el regalo de la salvación. De acuerdo con el mensaje completo del Nuevo Testamento, los miembros de la familia del carcelero recibirían salvación si escuchaban el mensaje y eran objeto de la obra regeneradora del Espíritu Santo. Como enseña el capítulo 10 de esta misma obra, para que ellos creyeran en Cristo como Salvador, el evangelio tenía que llegar a sus oídos (Rom. 10:13-17) y el Espíritu Santo tenía que hacer Su obra de salvación (Juan 3:1-8). Y esto mismo sucedió, pues los versículos siguientes narran que ellos escucharon la Palabra, creyeron y fueron bautizados con gozo (Hech. 16:32-34).

Sí, Pablo le dijo al carcelero de Filipo que su familia sería salva si él creía en el evangelio. Pero eso fue el apóstol Pablo al carcelero de Filipo. Una promesa particular, dada en el tiempo: no una promesa que yo pueda dar a quien yo quiera. No hay ninguna enseñanza en la Escritura que confirme que mi conversión va a dar como resultado la

conversión de mis familiares. Es una hermosa historia, no una enseñanza eterna. Lo que sí se nos enseña con toda claridad en la Escritura es la disposición de Dios para salvar a cada individuo que crea en Jesús (Rom. 10:9).

Conclusión

IMPORTANTE!!!!

Para que los miembros de mi familia que no son salvos lleguen a recibir el regalo de la vida eterna, el mensaje del evangelio debe llegar a ellos y el Espíritu Santo debe alumbrar su entendimiento y hacerlos nacer de nuevo. Como creyente, oro por la salvación de aquellos familiares y amigos que no recibieron el regalo de la vida eterna. Sin embargo, pensar que en Hechos 16:31 encuentro una promesa de Dios para la salvación de mi familia es poner en boca de Dios lo que Él nunca dijo. No esperemos que cumpla lo que Él no ha prometido. Tampoco dejemos de predicar a quienes amamos. ¡Nuestro Dios se goza en salvar!

13

En Cristo no hay hombre ni mujer

PATRICIA NAMNÚN

No hay Judío ni Griego; no hay esclavo ni libre; no hay hombre ni mujer, porque todos son uno en Cristo Jesús (Gál. 3:28).

Gálatas 3:28 es uno de esos pasajes que se ha interpretado de diversas formas en diversos momentos de la historia de la Iglesia. Por ejemplo, tiempo atrás, algunos entendían que en este pasaje el apóstol Pablo establecía la abolición de la esclavitud al decir que en Cristo no hay esclavo ni libre.⁷ En nuestros días, la discusión sobre este pasaje ya no gira en torno a la esclavitud, sino en torno a la diferencia de roles entre hombre y mujer. De hecho, este mismo verso se usa cada vez más para justificar la homosexualidad.

Los igualitaristas, aquellos que creen que el hombre y la mujer son iguales no solo en dignidad sino también en sus roles, consideran este pasaje de Gálatas como “La carta magna de la humanidad, el gran capítulo de la igualdad cristiana”,⁸ “El texto socialmente más explosivo en la Biblia”,⁹ y aun “La proclamación de emancipación de la mujer”.¹⁰

Argumentan que Gálatas 3:28 es una especie de llave que permite interpretar los pasajes relacionados con el género que se encuentran en el Nuevo Testamento, entendiendo que elimina toda barrera social entre el hombre y la mujer, proclamando la igualdad de roles entre ambos. Mary Kassian resume esta postura:

De acuerdo a los feministas,
Gálatas 3:28 enseña que Dios
ha creado en Cristo un nuevo orden completo en las relaciones. La manera de ver la jerarquía en las relaciones sociales es producto del antiguo orden derivado de la caída. Los feministas insisten en que las distinciones sociales entre hombre y mujer no deben existir más. Para los feministas bíblicos, igualdad significa la abolición de todos los roles de género en la sociedad, la iglesia y en el hogar.¹¹

Como vemos, este texto se utiliza para enarbolar la bandera del feminismo y “abolir” la diferencia de roles entre hombre y mujer. Pero más que traer nuestras ideas a la Escritura, veamos qué es lo que el Espíritu de Dios nos dice a través de Pablo.

Gracia y fe

El tema general de la Epístola a los Gálatas es la justificación por gracia a través de la fe. En el momento en el que Pablo escribe esta carta, la iglesia en Galacia estaba siendo influenciada por falsos maestros, a quienes Pablo llama “algunos que los perturban” (Gál. 1:7).

Estos perturbadores estaban convenciendo a los gálatas de un falso evangelio que les demandaba someterse a toda la ley mosaica —en particular al requerimiento de la circuncisión— antes de que pudieran convertirse en cristianos. Estos falsos maestros les estaban exigiendo las obras de la ley, y muchos de los gálatas eran persuadidos por esas falsas enseñanzas. Dada esta circunstancia, Pablo escribe en defensa de la justificación por la fe, advirtiéndoles de las consecuencias de abandonar la doctrina que les había sido enseñada: el evangelio verdadero.

Gálatas 3 gira en torno del contexto de la carta. Pablo comienza este capítulo llamando insensatos a los gálatas (Gál. 3:1) por haberse dejado fascinar por estas enseñanzas que ponían las obras de la ley por encima de la fe, y por estar tratando de terminar en la carne habiendo comenzado por el Espíritu (Gál. 3:3).

A lo largo de este capítulo, Pablo les deja claro a sus lectores que la ley vino para ser un guía para conducirnos a Cristo a fin de ser justificados por la fe, y no por las obras de la ley (Gál. 3:24). Pero al momento de llegar la fe, ya no estamos bajo el guía (la ley) pues somos hechos hijos de Dios mediante la fe, y esta fe puesta de manera exclusiva en Cristo Jesús (Gál. 3:25-26). Entonces, en este contexto de la fe y la ley, encontramos el versículo 28: ***“No hay Judío ni Griego; no hay esclavo ni libre; no hay hombre ni mujer, porque todos son uno en Cristo Jesús”***.

Ver el pasaje completo deja en evidencia que Pablo no está hablando de igualdad de roles: está hablando de salvación. La idea central en el pasaje de Gálatas 3:28 no es igualdad de roles en Cristo, sino unión en Cristo. El doctor y comentarista Thomas Schreiner dice lo siguiente:

Pablo mismo nunca entendió Gálatas 3:28 como cancelación de todas las distinciones. Él continuaba creyendo que había diferencias entre judíos y griegos, de lo contrario el argumento de Romanos 9-11 es superfluo. Él continuaba creyendo que había diferencias entre esclavos y amos, de lo contrario su consejo a ambos sería contradictorio (Efesios 6:5-9; Colosenses

3:22-41). Él continuaba creyendo que había diferencias entre hombres y mujeres. De otra manera su acusación contra la homosexualidad es inconsistente (Romanos 1:26-27), y su mandato a los esposos y esposas incomprensible (Efesios 5:22-33; Colosenses 3:18-19)... El valor y la dignidad de todo ser humano es proclamado por Pablo, pero este verso no debe ser usado en defensa de ideologías modernas. Debemos escuchar las palabras de Pablo, aunque sean extrañas para nosotros.¹²

Diversos, pero unidos en Él

La muerte de Cristo ha traído la era de un Nuevo Pacto, uno que no requiere las obras de la ley para nuestra salvación.

Proclamar la necesidad de obras para poder ser salvos es negar el corazón mismo del evangelio, que es la justificación solo por fe y no por cumplir las obras de la ley. Ese es el mensaje central de Gálatas 3 y de la Palabra misma:

Sin embargo, sabiendo que el hombre no es justificado por las obras de *la* Ley, sino mediante la fe en Cristo Jesús, también nosotros hemos creído en Cristo Jesús, para que seamos justificados por la fe en Cristo, y no por las obras de *la* Ley. Puesto que por las obras de *la* Ley nadie será justificado (Gál. 2:16).

De ninguna manera Gálatas 3:28 hace referencia a la igualdad de roles o a la manera en la que ciertos grupos deben actuar. El capítulo 3 de Gálatas es un recordatorio de que nuestra salvación depende única y exclusivamente de la obra de Cristo, no la nuestra.

Conclusión

El concepto que expresa Pablo en este texto es que todos somos justificados de la misma manera: por gracia, a través de la fe. Sin lugar a dudas, todos somos uno en Cristo Jesús. Pero Dios no hace a un lado la diferencia entre hombre y mujer, sino que establece la unidad en Cristo. Gálatas 3:28 enarbola la bandera de la unidad en Él en medio de la diversidad de roles. A través de Cristo, todos somos hechos hijos de Dios, judíos y griegos; esclavos y libres; hombres y mujeres. Todos, así diferentes como somos, tenemos salvación y comunión en Uno solo: Cristo Jesús.

14

Dios no te dará más de lo que puedes soportar

JUSTIN BURKHOLDER

No les ha sobrevenido ninguna tentación que no sea común a los hombres. Fiel es Dios, que no permitirá que ustedes sean tentados más allá de lo que pueden soportar, sino que con la tentación proveerá también la vía de escape, a fin de que puedan resistirla (1 Cor. 10:13).

“Dios nunca te dará más de lo que puedes soportar”. Creo que todos hemos escuchado esta frase en algún momento, por lo general, en medio del sufrimiento. De hecho, muchos han abrazado este concepto dando por sentado que Dios les quitará el sufrimiento o el dolor cuando lleguen al punto donde ya no lo puedan soportar más. ¿Qué es lo que nos está diciendo la Biblia aquí?

Malinterpretar este versículo abre la puerta a dos grandes errores. Primero, podemos caer en el orgullo. Nos consideramos más fuertes de lo que somos porque tenemos en nosotros mismos la gran habilidad de poder soportar cualquier sufrimiento, aún más de lo que puedan muchos otros cristianos. Por otro lado, podemos llegar a definir lo que somos capaces de “soportar” en base a nuestras emociones o nuestras propias fuerzas. Nos convencemos de la falsa esperanza de que Dios nunca dejará que pasemos por algo que afectará nuestra salud, nuestra familia, nuestras finanzas, etc.

Fortaleza contra la tentación

Para entender este versículo iniciemos preguntándonos, ¿a qué se refiere Pablo al usar la palabra tentación?

Esta pregunta se puede contestar al ver el contexto del versículo. Vale la pena recordar una vez más lo importante que es entender cada versículo dentro de su propio contexto. Los versículos no son encantamientos mágicos o hechizos que podemos usar para mejorar una situación. Cada versículo surge de un argumento que se está desarrollando en las páginas de las Escrituras.

En los versículos anteriores al texto que estamos viendo, Pablo resume parte de la historia de Israel. Él dice en el versículo 5: “Sin embargo, Dios no se agradó de la mayor parte de ellos, y por eso quedaron tendidos en el desierto”. Luego continúa explicando por qué es que Dios no se agradó de la mayor parte de ellos. Pablo explica lo que sucedió para dar un ejemplo, “a fin de que no codiciemos lo malo, como ellos *lo* codiciaron” (v. 6).

Después de esa introducción, Pablo da una serie de mandamientos o advertencias que tienen que ver con el pecado en particular:

- v. 7 “No sean, *pues*, idólatras, como *fueron* algunos de ellos...” ● v. 8 “Ni forniquemos, como algunos de ellos fornicaron...”
- v. 9 “Ni provoquemos al Señor, como algunos de ellos Lo provocaron...”
- v. 10 “Ni murmuren, como algunos de ellos murmuraron...”

Lo que queda claro es que el pueblo de Israel había rechazado la roca de la que habían bebido. Ellos habían rechazado el pacto que Dios había guardado con fidelidad, y buscaron satisfacer sus antojos carnales con cosas terrenales.

Después de hablar con tanta claridad sobre cómo fue que los israelitas cayeron en toda forma de pecado, Pablo otra vez explica en 1 Corintios 10:11 que eso sucedió como un ejemplo para nosotros, para que podamos enfrentar la tentación de una manera diferente de los demás. Y luego da una seria advertencia en el versículo 12: “Por tanto, el que cree que está firme, tenga cuidado, no sea que caiga”.

De manera explícita, Pablo está diciendo que el que piensa que con sus propias fuerzas puede estar firme contra el pecado debe tener cuidado de no caer. Podría inferirse que es solo cuestión de tiempo hasta que caiga. Quizás uno puede luchar contra la tentación durante un tiempo, pero si está dependiendo de sus propias fuerzas, el corazón humano siempre caerá en la tentación.

Los corintios —al igual que los israelitas— estaban enfrentando mucha idolatría. Y Pablo está usando la experiencia de Israel para llamar la atención de los corintios sobre el hecho de que ellos no tienen en sí mismos la fuerza para enfrentar el pecado, pues para ello

se requiere una fuerza sobrenatural. Y es en ese contexto que Pablo escribe la promesa tan bella del versículo 13.

Entender el pasaje línea por línea

No les ha sobrevenido ninguna tentación que no sea común a los hombres.

Es posible que todos caigamos en la trampa de pensar que lo que nosotros estamos enfrentando es único. Sin embargo, Pablo inicia este versículo explicando que la tentación a la idolatría es común a todos, como ya lo había demostrado en los versículos anteriores. Lo que los corintios estaban enfrentando no fue algún ataque particularmente difícil. La tentación de pecar, de ofrecer sacrificio a los ídolos en vez de a Dios es una lucha diaria.

Fiel es Dios, que no permitirá que ustedes sean tentados más allá de lo que pueden soportar... Primero, es importante reconocer que todo el contexto de este pasaje se refiere a la tentación hacia el pecado. Se refiere a la tentación de rechazar a Cristo y buscar satisfacer nuestros antojos carnales con cosas terrenales en vez de dejar que Cristo sea suficiente para nosotros. A pesar de lo que se suele decir, el enfoque no es el sufrimiento.

Segundo, Pablo arraiga la promesa de cuánto seremos tentados no en nuestra fuerza, sino en la fidelidad de Dios. Sí, Pablo dice que no seremos tentados más allá de lo que podemos soportar, pero inicia esa misma frase diciendo que Dios es fiel. ¿Fiel a hacer qué? Tal vez unos dirían que Él es fiel a no dejar que seamos tentados más allá de nuestra capacidad. Sin embargo, yo creo que Dios es fiel en cumplir con todo lo que Él ha prometido cumplir, que nos da toda la fuerza necesaria para soportar la tentación. Es decir que nuestra fuerza para soportar la tentación viene directo de la fidelidad de Dios.

En Romanos Pablo explica que Dios ya nos libertó del poder del pecado. Lo que Pablo quiere decir en este versículo es que todo el poder, toda la fuerza para combatir el pecado ya nos lo ha dado Dios en Cristo. Nosotros podemos soportar la tentación porque Dios es fiel en cumplir con todo lo que ha prometido, no porque nosotros somos fuertes. Él nos dará la gracia para decir “no” al pecado (Tito 2:11-12). Él obrará en nosotros para llevar a cabo nuestra salvación (Fil. 2:12-13). En el evangelio, Él nos dio todo el poder para la salvación, no solo de la pena del pecado, sino también por encima del poder del pecado (Rom. 1:16, 1 Cor. 1:18). Dios es fiel, y por Su fidelidad todo lo que necesitamos para soportar la tentación está disponible para nosotros. ...*sino que con la tentación proveerá también la vía de escape, a fin de que puedan resistirla.* Y más importante que todo eso, Dios siempre provee una salida. Él proveyó la salida de la pena del pecado en la cruz. Él proveyó la salida del poder del pecado en la cruz. Y Él proveyó Su Espíritu que obra en nosotros, llevando a cabo la santificación en nuestro corazón. Eso significa que en cualquier momento de tentación, todo lo necesario está disponible.

Conclusión

Serás tentado más de lo que puedes soportar con tus propias fuerzas, pero nunca serás tentado más de lo que la fidelidad de Dios puede soportar. Él siempre cumplirá Sus promesas. Dios hará en ti todo lo necesario. Te dará siempre el poder para decir “¡No!” a la tentación. Si caemos, no es porque no lo pudimos soportar: es porque nosotros, al igual que los israelitas, buscamos satisfacer nuestros antojos carnales con otras cosas terrenales que no son Cristo.

Palabra fiel es ésta: Que si morimos con Él, también viviremos con Él; si perseveramos, también reinaremos con Él; si Lo negamos, Él también nos negará; si somos infieles (incrédulos), Él permanece fiel, pues no puede negarse a sí mismo (2 Tim. 2:11-13).

En 2 Timoteo 2:13 encontramos unas palabras que, para muchos, representan una de las grandes promesas de la Biblia. De manera equivocada, ellos entienden que no importa cuán infieles lleguemos a ser, nuestro Dios permanece fiel. Su amor es absolutamente incondicional y, por lo tanto, no importa lo que hagamos o dejemos de hacer, Él continuará bendiciéndonos y cuidando de nosotros, como lo haría con el más fiel de Sus hijos.

“Si somos infieles (incrédulos), Él permanece fiel”. Observar esta afirmación de manera aislada puede llevarnos a concluir que, en efecto, esta es una hermosa promesa. Sin embargo, cuando leemos el texto en su contexto nos damos cuenta de que en realidad no es una promesa, sino más bien una solemne advertencia.

El contexto inmediato

¿Cuál es el contexto de este pasaje? Pablo está alentando a su hijo en la fe, Timoteo, a que siga adelante haciendo la obra del ministerio a pesar de las dificultades que seguramente encontraría en el camino. Él le recuerda cuatro cosas:

- Que servimos a un Mesías victorioso que murió y resucitó (2 Tim. 2:8).
- Que el mundo puede perseguir a los cristianos, pero no puede detener el avance del evangelio (2 Tim. 2:9; Pablo estaba en la cárcel, pero la Palabra de Dios no está presa).
- Que Dios ha decretado salvar a los escogidos por medio de la predicación del evangelio (2 Tim. 2:10).
- Y que Él es fiel a Sus promesas, lo mismo que a Sus advertencias (2 Tim. 2:11-13).

Es en este contexto que aparece la declaración que estamos considerando aquí. Nuestro Dios es fiel a Su Palabra, porque Él no puede negarse a sí mismo. Por lo tanto, podemos estar seguros de que si somos muertos con Cristo, también viviremos con Él. Por supuesto, eso no quiere decir que la única forma de salvarse es muriendo como mártires por nuestra fe. Pablo parece estar usando esa expresión en el mismo sentido de 1 Corintios 15:31, donde dice que él muere cada día por causa del Señor. También nos dice en 2 Corintios 4:10 que él lleva siempre en su cuerpo “por todas partes la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo”.

El llamado de Cristo a los suyos es un llamado a la muerte, a la muerte del “yo” y de nuestra propia seguridad, porque es un llamado a seguirlo a Él. Todo aquel que de verdad va camino al cielo debe transitar por la misma senda que Él transitó; y ese camino, antes de llegar a la gloria, primero pasa por la cruz.

A esto también alude Pablo en la primera parte del versículo 12, al decir que “Si perseveramos, también reinaremos con Él”. La vida cristiana conlleva un caminar. Conlleva perseverancia. Nadie puede andar diciendo que es un verdadero cristiano si no está dispuesto a someterse a la voluntad de Dios. No somos salvos por obedecer a Dios, ni por hacer buenas obras; pero

todos aquellos que han sido salvados por gracia, por medio de la fe, muestran la realidad de la gracia y de la fe a través de su obediencia y de sus buenas obras a lo largo de su vida, hasta

Su regreso o hasta que Él nos llame al hogar.

Promesas y advertencias

La fidelidad de Dios a Su Palabra opera también en el sentido contrario, dice Pablo a partir de la segunda mitad del versículo 12. Si negamos al Señor, “Él también nos negará; Si somos infieles (incrédulos), Él permanece fiel, pues no puede negarse Él mismo”. El apóstol nos dice aquí que el Señor es fiel a Su advertencia de que Él negará a los que lo nieguen. En otras palabras, si el Señor dejara de cumplir cualquiera de

Sus promesas, estaría dejando de ser un

Dios fiel. Pero lo mismo sucedería si dejara de cumplir alguna de Sus advertencias.

El Señor Jesucristo fue muy claro al respecto. Vemos en Mateo 10:32-33: “Por tanto, todo el que Me confiese delante de los hombres, Yo también lo confesaré delante de Mi Padre que está en los cielos. Pero cualquiera que Me niegue delante de los hombres, Yo también lo negaré delante de Mi Padre que está en los cielos”. El Señor es fiel en cumplir Sus promesas: al morir con Él, viviremos con Él; al perseverar, reinaremos. Del mismo modo, Él es fiel en cumplir Sus advertencias: si lo negamos, Él también nos negará, pues Él no se negará a sí mismo.

Conclusión

Este no es el lugar para discutir la doctrina de la perseverancia de los santos, pero algo es claro en las Escrituras: la única forma de saber que una persona está siendo preservada por Dios para salvación es si la persona está perseverando. Si se aparta de manera definitiva de la fe que profesa, esa es una prueba inequívoca de que nunca fue creyente (comp. Mat. 7:21-23; 1 Jn.

2:19).

Esto debía animar a Timoteo, y a todos nosotros, a no descuidarnos. La salvación es segura para el que la tiene. Ningún verdadero creyente se perderá. Pero la única forma de confirmar la veracidad de nuestra fe es perseverando hasta el fin. Que la advertencia de 2 Timoteo 2:13 nos motive a la piedad tanto como las promesas de los versículos anteriores. En lo uno y en lo otro, Dios es fiel.

El conocimiento envanece

JAIRO NAMNÚN

*En cuanto a lo sacrificado a los ídolos, sabemos que todos
tenemos conocimiento. El
conocimiento envanece, pero el amor edifica. Si alguien cree
que sabe algo, no ha aprendido todavía como debe saber; pero si alguien ama a
Dios, ése es
conocido por Él (1 Cor. 8:1-3).*

Recuerdo con mucha nitidez la primera vez que me encontré de frente con esto de que “el conocimiento envanece”. Estaba conversando emocionado con un pastor, comentándole cuánto estaba aprendiendo a través de un programa de televisión cristiano. Allí podía ver cómo se desmenuzaba cada versículo, se traían a colación asuntos importantes del contexto histórico del pasaje, y se analizaba cada palabra para poder entender mejor su significado. Yo estaba extasiado por todo lo que estaba aprendiendo, y quería comunicarle mi gozo a este pastor, con el deseo de que pudiera implementarlo en su congregación. Él no estaba igual de emocionado. Más bien, me llevó a 1 Corintios 8 y me dejó ver que tanto conocimiento no me serviría de mucho. Yo me quedé aturdido. ¿Será que todo este conocimiento que me hacía sentir tan bien solo me servía para envanecerme?

Luego de aquella experiencia de hace tantos años, he escuchado este texto sacado de su contexto en docenas de ocasiones. Muchas veces lo usan los pastores que, bien intencionados, no quieren que sus ovejas vayan detrás del conocimiento a expensas del bien de su alma. Una vez supe de alguien que no quería que sus hijos hicieran demasiado esfuerzo en la universidad porque no quería que se envanecieran. En muchas de las iglesias contemporáneas, el conocimiento está en segundo plano detrás de la experiencia, y pareciera que no son pocos los que van detrás de sentir más que de pensar. Piensan, como dice el dicho, que “una persona con una experiencia nunca está a la merced de alguien con un argumento”.

No obstante, hay algo que debe quedar claro: la marca del creyente genuino es una vida transformada (Mat. 7:16), que manifiesta el fruto del Espíritu (Gál. 5:22-23). Obtener conocimiento no es la meta: aun los demonios conocen la sana doctrina (Sant. 2:19). Pero, ¿no se supone que debemos amar a Dios con toda nuestra mente? Por esa razón es necesario que entendamos qué nos está diciendo Dios a través de este pasaje, a fin de poder aplicarlo correctamente a nuestras vidas.

Lo que no dice: El conocimiento es malo

Pablo no puede estar diciendo que el conocimiento es malo en sí mismo. La razón por la que no puede decirlo es que

Pablo conoce bien el Antiguo

Testamento, y sabe que en Oseas Dios dice que se deleita más en que lo conozcan a Él que en los holocaustos (Os. 6:6), y que Su pueblo era destruido por falta de conocimiento (Os. 4:6). Pablo conoce el libro de Proverbios, con los diferentes llamados que hace a buscar la sabiduría y el conocimiento. Y Pablo también sabe cómo se habla bien de los hijos de Isacar, puesto que eran “expertos en discernir los tiempos, con conocimiento...” (1 Crón. 12:32).

A lo largo de las Escrituras, y a lo largo de la historia de la Iglesia, podemos ver que Dios usa una y otra vez a personas de mucho conocimiento. Eso incluye al mismo Pablo, quien fue capaz de presentar una defensa de la fe ante los filósofos de su tiempo, aun citando a poetas no tan conocidos (Hech. 17); y quien conocía al menos el hebreo (Hech. 26:14) y el griego (Hech. 21:37), y con toda probabilidad hablaba arameo y posiblemente latín. Pablo también era habilidoso en su trabajo de hacer tiendas. Debido a la forma en que se manejaba en diferentes culturas, nos queda la impresión de que el apóstol era un hombre entendido en los tiempos.

Además, es evidente que Pablo tenía un amplio manejo del Antiguo Testamento. En sus últimos momentos, él deseaba seguir escudriñando las Escrituras (2 Tim. 4:13). Él instruyó a su discípulo a que conociera “con precisión” la Biblia (2 Tim. 2:15). Pablo elogió a los romanos por estar llenos de todo conocimiento (Rom. 15:14), y oraba por que el amor de los filipenses abundara en todo conocimiento (Fil. 1:9).

Por lo que podemos ver en la

Escritura, abundar en conocimiento es una bendición, no un problema. Y de manera particular, conocer a Dios es un privilegio para los cristianos, y ese conocimiento solo se obtiene en la persona de Jesús (Juan 1:18), a través de las Escrituras (Juan 5:39).

Lo que sí dice: El conocimiento no nos hace superiores

Por todo el contexto de la carta, es evidente que la iglesia en Corinto tenía una tendencia a la división. Vemos que algunos decían que eran de Pablo, otros de Apolos, otros de Pedro, y aun algunos decían que eran de Cristo (1 Cor. 1:12). Esta misma tendencia a la división se manifiesta en este capítulo, pero ahora entre los que se consideraban más espirituales que los demás.

1 Corintios 8:1 inicia haciendo referencia a “lo sacrificado a los ídolos”. En los tiempos de esta carta, la carne más barata se vendía en el contexto religioso. Corinto era una ciudad muy mística, y los templos eran lugares de mucho comercio y movimiento. Se creía que los seres espirituales perversos que querían poseer a los seres humanos entraban en la comida, para luego poseer a la persona que ingiriese el alimento. Lo habitual era, entonces, sacrificar el alimento a algún ídolo, y esto se hacía comúnmente en los templos. Esta parece ser la carne a la que Pablo se refiere en el pasaje, carne que había sido ofrecida a dioses falsos que ahora llegaba a las manos del cristiano común y corriente.

Algunos entre los corintios habían entendido lo absurdo de todo esto, al saber que “un ídolo no es nada” (1 Cor. 8:4). Este conocimiento “elevado” era correcto. Era lo que debían pensar. Sin embargo, el pasaje nos deja ver que algunos entre los corintios, teniendo el conocimiento real, no estaban

aplicándolo como debían. Su ortodoxia no los estaba llevando a una *ortopraxis*. Pareciera ser que los que poseían aquel conocimiento elevado se envanecieron, considerando como inferiores a los que no lo poseían. Por eso, Pablo les deja ver que “ni somos menos si no comemos, ni *somos* más si comemos” (1 Cor. 8:8).

El pasaje también nos muestra algo interesante en el versículo 2, y es que el orgullo envanecido se hace evidente en la autoconfianza. Mientras más conocemos al Dios de la Escritura y la Escritura del Dios vivo, mientras más entendemos la mente de Dios, más nos damos cuenta de cuán superiores son los pensamientos de Dios a los nuestros. Aquel que más conoce de la Palabra más se da cuenta de cuánto le falta por conocer. Por tanto, aquel que piensa que conoce todo lo que tiene que saber en realidad demuestra cuánto le falta por conocer.

Conocimiento correcto

El conocimiento que necesitamos es un conocimiento como el de Dios. El cristiano vive su vida buscando ser más como Él. Cristo Jesús, nuestro Salvador, ha sido el hombre más sabio que ha pasado por la tierra, y también fue el hombre más humilde que alguna vez haya existido. Estando ahí en la creación del mundo, Él disfrutaba pasar tiempo con los niños. Sosteniendo el universo por la Palabra de Su poder, Él pasaba tiempo con hombres y mujeres de reputaciones dudosas. Siendo tanto superior a nosotros, Él dio Su vida por ti y por mí.

Jesús ejemplifica que tener conocimiento no siempre significa envanecernos. Que es posible crecer en nuestro intelecto y a la vez crecer en nuestro amor por los demás. De hecho, esta es la vida cristiana: conocer a nuestro Dios cada vez más y, al conocerlo a Él, amar más a los que son creados a Su imagen. Esto era lo que habían perdido los corintios. Su conocimiento no se estaba traduciendo en amor, lo cual demostraba que no habían entendido correctamente. Y si les pasó a nuestros hermanos en Corinto, nos puede pasar a nosotros también.

Conclusión

¿Qué tal estás con tu conocimiento?

Aquello que estás aprendiendo de la Palabra, o en la universidad o donde sea, ¿cómo te está sirviendo para amar a los demás? ¿Cómo lo estás poniendo en práctica en tu iglesia local?

Si a medida que estás creciendo en tu conocimiento, te vas envaneciendo y te estás sintiendo superior a tus hermanos, entonces algo anda mal. Pero si el conocimiento que estás adquiriendo te lleva a amar más a Dios y a mostrar ese amor al amar más a tus hermanos, entonces eres conocido por Él (1 Cor. 8:3). Y eso, amado hermano, es el deseo de todo creyente.

Así dice el SEÑOR:

“No se gloríe el sabio de su sabiduría,

Ni se gloríe el poderoso de su poder,

Ni el rico se gloríe de su riqueza;

Pero si alguien se gloria, gloriése de esto:

De que Me entiende y Me

conoce

Pues Yo soy el SEÑOR que hago misericordia,

Derecho y justicia en la tierra,

Porque en estas cosas Me complazco” (Jer. 9:23-24).

17

Traed los diezmos al alfolí

GREG TRAVIS

“Traigan todo el diezmo al alfolí, para que haya alimento

en Mi casa; y pónganme ahora a prueba en esto;” dice el SEÑOR de los ejércitos

“si no les abro las ventanas de los cielos, y derramo para ustedes bendición hasta

que sobreabunde. Por

ustedes reprenderé al devorador, para que no les destruya los

frutos del suelo, ni su vid en el campo sea estéril,” dice el

SEÑOR de los ejércitos (Mal. 3:10-11).

Durante mis primeros años como misionero en Argentina aprendí mucho acerca de la gran escasez de sana enseñanza en las iglesias locales. Recuerdo que cada domingo pasaba la misma persona de siempre a hablar de la ofrenda, haciendo una especie de **minisermón**. Recuerdo cuando dijo algo así como: “Reprendemos al devorador y declaramos prosperidad y trabajo”. Este hombre estaba haciendo una conexión directa entre la ofrenda y la prosperidad económica de las personas. ¿Te suena familiar? **SI, MUCHO! !!**

Me di cuenta de que en ese momento él estaba citando Malaquías 3:11. Este pasaje se suele usar para decir que Dios nos bendice cuando ofrendamos y reprende todo aquello que impide nuestra prosperidad económica. En esencia, lo que se enseña es que ofrendar y diezmar es un buen negocio, una buena inversión. Yo doy, y como resultado mi economía va a ir mejor.

No a nosotros, pero para nosotros

Alguien dijo que la Biblia no nos fue escrita a nosotros, sino para nosotros. Quizás hayas escuchado la historia del hombre que pedía que Dios le hable a través de la Biblia abriéndola al azar. Después de hacer su oración, voltea las hojas al azar, pone su dedo y llega a este pasaje: “Y arrojando las monedas de plata en el santuario, Judas se marchó; y fue y se ahorcó” (Mat. 27:5). Intenta de nuevo, cierra los ojos, y cuando los abre, lee así: “Ve, y haz tú lo mismo” (Luc. 10:37). No lo puede creer, pero intenta una tercera vez y lee: “Y lo que vas a hacer, hazlo pronto” (Juan 13:27). Es un ejemplo exagerado del peligro de divorciar el pasaje de su contexto e intentar aplicarlo sin más a nuestra vida. Pero es eso mismo lo que se hace a menudo.

Es de vital importancia entender el mensaje que fue revelado en su contexto original antes de que intentemos entender cómo aplicarlo hoy.

Necesitamos comprender qué es lo que Dios estaba diciendo originalmente en el libro de Malaquías antes de que podamos entender qué es lo que Dios nos quiere decir hoy a nosotros. Quisiera ofrecer tres observaciones contextuales importantes para entender este pasaje, y después concluir con tres pensamientos a modo de aplicación.

Observar el contexto

1. Contexto histórico.

Malaquías se ubica unos cuatrocientos años antes del nacimiento de Cristo. Es un tiempo en que los judíos están de regreso en su tierra (bajo dominio persa). Hace más de un siglo Dios había usado a personas como Esdras, Hageo y Zacarías para reedificar a un pueblo que había estado cautivo durante setenta años en la nación de Babilonia. Pero para cuando llegamos al tiempo de Malaquías, encontramos una nación que había caído en la mediocridad, la apatía y la desobediencia. Es en este contexto histórico que se escribe el libro.



2. Contexto teológico.

El mensaje de Malaquías 3:10-11 fue dado en primera instancia a la nación de **srae**, que era una teocracia. Dios había revelado en Deuteronomio 28 que había bendiciones muy específicas por obedecer y maldiciones concretas por desobedecer la ley mosaica. Una de las áreas de desobediencia era la de los diezmos. El resultado de no dar como correspondía según la ley mosaica era que Dios mismo podía intervenir en el clima, a tal punto que no habría buena cosecha (la frase “abro las ventanas de los cielos” se refiere a una lluvia de bendición tanto literal como figurada).

Malaquías 3:9 nos dice que toda la nación estaba **maldita**. Las cosas no les estaban yendo bien como nación por desobedecer el pacto mosaico. En el Libro de Hageo pasa algo similar: el pueblo había dejado de construir el templo y vivían muy cómodos en sus hogares. Dios les muestra cómo les iba mal por tener prioridades equivocadas. Cuando la nación se arrepiente, Dios empieza a bendecirlos.

3. Contexto gramatical.

Los diezmos de que se habla acá afectaban directamente a quienes servían en el templo. Era en esencia la comida para los sacerdotes y levitas. La reprensión del devorador tenía que ver con las plagas que afectaban la cosecha. La plaga era una forma de juicio en el Antiguo Testamento (como podemos ver, por ejemplo, en el libro de Joel). Dios iba a detener esto si la nación se arrepentía y obedecía.

Aplicar el texto

1. *La teología de laprosperidad.*

Me indigna el evangelio de la prosperidad. Distorsiona el evangelio. “Utiliza” a Dios para lograr fines egoístas. Este pasaje se ha usado para motivar a las personas mediante la culpa o con promesas falsas para que ofrenden. Muchas personas rechazan el verdadero evangelio por haber estado expuestas a este mensaje. Explicar esto a otros nos permite corregir falsas percepciones del verdadero evangelio, y nos permite entender que Malaquías 3 tenía un contexto muy diferente del nuestro.

2. *La cantidad que damos.*

No somos Israel. No somos una nación teocrática. No todo lo que Dios le dijo a Israel se aplica directamente a nosotros. El Nuevo Testamento no habla de un diezmo, sino de ofrendar según cada uno haya prosperado (1 Cor. 16:2). El 10% es una buena guía (como lo es un día de descanso en la semana); pero es un piso, no un techo. Y el énfasis de dar en el Nuevo Testamento es la actitud del corazón.

3. *La motivación por la cual damos.*

Jesucristo se dio a Sí mismo por nosotros, y Su sacrificio debería ser nuestra motivación al dar. Cuando damos, estamos respondiendo con gratitud a Su entrega por nosotros. Además, estamos expresando nuestra confianza en Dios y reconociendo que todo lo que tenemos es Suyo.

Conclusión

Agustín de Hipona dijo que lo que en verdad importa no es tanto lo que el hombre posee sino lo que lo posee al hombre. El uso del dinero y nuestra disposición a dar indican si el dinero es nuestro amo o nuestro siervo. Ofrendemos con liberalidad a nuestro Dios, sin esperar nada a cambio, sino con gratitud por todo lo que Él hizo en Cristo Jesús, y como muestra de nuestra confianza en Él.